



mi encantadora asesina

KEITH LUGER



MI ENCANTADORA ASESINA

SS Nº 1115

Autor: Keith Luger

UUID: ae1e41e3-c817-40af-b411-e43a8a9cd285

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

YO tenía cinco mil machacantes. Cinco mil pavos, hermano. Una buena manada y juré que me iba a pegar la gran vida durante quince días.

¿Las Vegas? ¿Miami? ¿El Lago Tahoe?

Había otros cien lugares donde gastar los dólares. Cien lugares donde me estaban esperando para ordeñarme los bolsillos. Por algo a cambio.

Lo iba a pasar bomba. Y me daba lo mismo que fuese rubia, pelirroja o morena. No soy exigente. Sólo quiero que una mujer posea hermosura, belleza, seducción. Que sea femenina como una gata. Que posea unos buenos remos, unas maravillosas caderas y un busto a lo Raquel Welch. Ya se lo he dicho, hermano. Me conformo con poco. Lo demás lo pongo yo.

¿Qué pongo yo? Me llamo Alex Connors y mido uno ochenta, con ochenta kilos de músculo y hueso. Nada de grasa, hermano. Llevo un buen régimen. Parto narices a domicilio. Es el mejor ejercicio para mantenerse en forma. También parto narices en la calle. Y las he partido en los muelles y en algún club nocturno. No, no soy boxeador. Soy algo peor que eso. Investigador privado. De acuerdo, hermano. Póngase una pinza en la nariz. Apesto. Es lo que me dicen algunos en los lugares que frecuento. Me llaman Alex Connors el Piojoso. Pero son envidias. Me ducho todos los días. Me gusta estar limpio. Y me unto con desodorante para que las rubias, las pelirrojas o las morenas no se me tiren atrás.

Me olvidaba decirles que soy muy varonil. No lo digo yo. Lo dicen ellas: «Qué bruto eres, Alex». Debo tener cuidado cuando las

abrazo. Carol, la última rubia que estuvo conmigo, me dijo: «Alex, que me vas a romper tres costillas. Quítame ese brazo de la espalda». ¿Les he dicho que he mandado a un centenar de bastardos a la cárcel, hermanos? ¿No? Pues va lo saben.

Vine al mundo hace veintiocho años. Mi signo es Acuario. Pero me gusta el whisky puro nada de agua. En cuanto a las mujeres, si están en el agua, me baño con ellas. Pero las prefiero en bikini. Leí mi horóscopo de la semana. Salud: Perfecta. Estupendo. Dinero: Tendrá buenos ingresos. Ya los había tenido con los cinco mil machacantes que me acababan de escupir. Amor: Semana apropiada para los flechazos.

Todo maravilloso. Todo perfecto. ¿Qué estaba esperando para largarme?

Si tomaba el avión, todavía podría llegar a Las Vegas o a Miami para que me pegasen los flechazos. Porque aquel día era lunes y me quedaban cinco días.

«Hagan cola, nenas. Las rubias en primer lugar. No se precipiten. Las atenderé a todas de una en una.»

Me puse un atuendo deportivo y me miré en el espejo. Una imagen perfecta del tipo que va de vacaciones. Mis ojos son negros como el alquitrán. Y tengo cejas espesas y mi nariz es aguileña. Y el pelo lo tengo cortado a cepillo. Soy un duro. Palabra que soy un duro.

Sonó el timbre de la puerta.

Aposté a que era mi casero. Le debía tres meses. Pero ahora le iba a pagar.

Menuda sorpresa se iba a llevar.

Saqué un billete de a mil pavos de la cartera y abrí la puerta.

No era mi casero. Era una rubia. ¿No se lo dije, hermanos? ¡Las rubias primero! Y allí estaba ella.

—¿Es usted Alex Connors?

—Sí.

—¿Puedo pasar?

Tenía unos veintitrés años y era esbelta. Con un busto que era un primor. Una cintura estrecha y unas piernas de campeonato.

—Claro que sí, nena. Puede pasar.

Ella entró y cerró la puerta.

—¿No hay ninguna duda? ¿Es usted Alex Connors?

—Sí.

—Le traigo algo.

—Los besitos en la boca, por favor.

Ella abrió un bolso y sacó una pistola.

La pistola no era de chocolate. Palabra. Me hubiese gustado que lo fuese y que ella le hubiese pegado un mordisco y que hubiese dicho: «Me como el chocolate para que mis besos le resulten más dulces».

—Señor Connors, le voy a matar.

—Eh, un momento, aquí hay una confusión.

—¿Qué confusión?

—No me puede matar. No la he visto en mi vida.

—Dijo que era Alex Connors.

—Sí.

—Pues eso me basta.

—No se precipite, muñeca.

—Le voy a meter un plomazo en el ala.

Aquello iba en serio. Muy en serio.

—Oiga, nena. Le doy mi palabra de que me casaré con su hermana.

Tenía que ser eso. Yo tenía que haber salido con su hermanita, y ella era la hermanita mayor, y quería a su hermanita pequeña como a una madre.

—Se equivoca, señor Connors. No tengo hermanitas.

—Entonces, ¿por qué diablos me quiere matar...?

—Mi padre le pidió ayuda.

—¿De qué me está hablando, señorita?

—Usted abandonó a mi padre a su suerte.

—Oiga, ¿por qué no empieza por el principio?

—No hace falta. Lo voy a matar. Usted es el culpable de que mi padre esté muerto. El hizo mucho por usted. Pero usted no le correspondió. Y ahora le voy a meter dos tiros.

—Por favor, déjelo en uno.

—Será uno. Pero tendrá la bala en el corazón.

—Por favor, señorita, péguemelo en el brazo. Ya tengo un par

de cicatrices. Una más, no se notará.

—En el corazón —insistió la muy terca.

—Es usted muy mona y demasiado joven para convertirse en una asesina.

—No le sirven sus chistes para nada.

—No estoy haciendo chistes. Palabra que es encantadora. ¿Quién es su padre? Dígamelo.

—Es demasiado tarde. Ya no puede hacer nada por él.

Di dos pasos hacia ella.

—¡Quédese quieto!

Yo tenía que entretenerla y saltar en el momento adecuado, antes de que me diese el pildorazo. No tenía ningunas ganas de que me rociase con su pulverizador. Era una pistolita, pero todas las balas pueden matar. Depende del lugar en donde muerdan. Y aquella chica había dicho y repetido que quería partirme el corazón. Sólo eso. Y aunque ahora hacen trasplantes, aposté conmigo mismo a que tendría la mala suerte de que no hubiese ningún corazón a mi alcance cuando me llevasen al hospital, si es que llegaba vivo.

No, yo tenía que resolver el asunto por mí mismo.

—Oiga, rubia, ¿por qué no hablamos como amigos?

—Yo no soy su amiga.

—De acuerdo, preciosa. Yo estoy condenado a muerte. Pero dígame por lo menos por qué muero.

—No.

—Si no le gusta el alcohol, le puedo ofrecer un refresco, ¿verdad, Tom?

Miré a sus espaldas. Lo dije tan deprisa que cayó en la trampa. Se sobresaltó y volvió la cabeza.

Yo empecé a volar por el aire sin necesidad de avión y alas. Me han dicho muchas nenas que soy un pájaro de cuenta.

Caí sobre ella cuando ya se había percatado de que era una celada.

Pero logré atraparla por la muñeca y los dos nos fuimos por la alfombra dando vueltas.

—¡Canalla...! ¡Miserable...!

Logré doblarle la mano y que soltase la pistolita.

Sus uñas no me rasgaron la cara, pero me hicieron un poco de daño en el cuello.

Le solté una bofetada.

De pronto dejó de ofrecer resistencia y se echó a llorar.

Conozco el lloro de las mujeres. Algunas son capaces hasta de estropear una velada. ¿Les he dicho que una pelirroja me estuvo llorando durante toda una noche? Pero no crean que fue porque le hice algo malo. Me estuvo hablando de su marido, del que se había divorciado dos años antes. Aunque debo aclarar que la chica se había bebido una botella de whisky. Sí, muchacho, la pilló llorona.

Me levanté y mi encantadora asesina continuó llorando con las manos en la cara.

Cogí la pistola, le quité el cargador; me lo metí en el bolsillo.

—¿Quiere ahora el whisky?

—¡Váyase al infierno!

—¿El refresco?

—¡Muérase!

—Muy bien. Beberé yo.

Fui al bar y me serví el whisky.

Ella se levantó, recogió el bolso del suelo, sacó un pañuelito y se secó las lágrimas.

—Puede estar satisfecho, canalla —exclamó.

Bebí un trago y chasqueé la lengua.

—¿Por qué no me dice su nombre?

—¡No me da la gana!

—Tengo derecho a saber quién me llama canalla.

—Está bien. Soy Patty Wellman.

Fue un rayo de luz en las tinieblas de mi mente. Wellman. Eso había dicho. Yo conocía a un Wellman. El profesor Robert Wellman, un químico. Pero también era doctor en Medicina. Y me había intervenido una vez. Yo estaba en las últimas. Me habían metido una bala en el estómago y él me la sacó. Wellman no trabajaba en un hospital. Me habían baleado en un callejón, y Wellman me recogió porque vivía cerca y me transportó a su casa. Eso había ocurrido unos tres años atrás.

—¿Ya sabe quién soy? —inquirió la joven.

—Sé quién es su padre. El profesor Robert Wellman.

—Sí.

—Él le llamó hace una semana.

Era cierto. Me había llamado y recordé lo que me dijo como si estuviese pasando otra vez.

Yo estaba besando a una pelirroja aquella tarde en mi sofá. Era una modelo. Se llamaba Katy. Estábamos pasando una agradable velada. Y entonces había sonado el teléfono.

Dejé de besar a Katy para atender la llamada.

—¿Sí?

—¿Hablo con Alex Connors?

—El mismo.

—Soy Robert Wellman.

—¿Quién?

—El profesor Wellman. Ya sabe, el que le quitó aquella bala.

—Profesor Wellman, no sabe cuánto me alegra oírle —y era verdad.

—Quisiera que me acompañase a Chicago.

—¿A Chicago?

—Sí.

—Señor Wellman, ¿no le da lo mismo aplazar el viaje para dentro de tres o cuatro días? Ahora estoy trabajando en un asunto.

El asunto era que yo debía encontrar a la hija de un millonario. Una nena de dieciocho años que se había escapado de su casa. Y la modelo Katy jugaba un importante papel en el asunto. Por esto estaba pasando un rato agradable con ella. Para hacerla cantar en un momento determinado, cuando se convirtiese en un flan. Estaba convencido de que Katy sabía dónde encontraría a la hija del millonario, porque era su amiga.

Wellman me dijo:

—Es importante para mí ese viaje a Chicago, señor Connors.

—Dígame dónde se hospedará en Chicago y en un par de días me reúno con usted.

Hubo un silencio en la otra parte y Wellman dijo:

—Le llamaré desde Chicago. Gracias, señor Connors.

Colgó sin esperar que yo dijese una palabra más.

Conseguí lo que me proponía. Que Katty me soltase dónde

encontraría a la nena. Pero tardé en encontrarla unos días más de lo que yo había supuesto. Y el profesor Wellman no me volvió a llamar. Yo pensé que habría resuelto su asunto de Chicago. Y luego lo olvidé.

—Señorita Wellman —dije después de recordar aquella escena—, ¿qué le pasó a su padre?

—Le han matado.

CAPÍTULO II

ESO había dicho ella. Habían matado al profesor Robert Wellman, el hombre que me salvó de morir como un gusano en un callejón. Me maldije.

—Patty, ¿qué es eso de que lo mataron?

Sus hermosos ojos verdes se llenaron de lágrimas. Serví una ración de whisky en otro vaso y se lo llevé.

—Beba.

—Gracias —dijo ella.

Bebió un pequeño sorbo.

—Un poco más —dije.

Ella hizo una mueca.

—No me gusta.

—Ahora es una medicina.

Casi vació el vaso.

—¿Se encuentra mejor, Patty?

—No puedo encontrarme mejor. ¿Cómo pudo pagarle así? Mi padre me dijo que le había salvado la vida.

—Es cierto.

—¿Por qué no acudió en su ayuda?

—Patty, no sabía que el asunto de su padre fuese tan grave. Sólo me dijo que deseaba que le acompañase a Chicago. Yo estaba metido en un asunto. Le sugerí que aplazase el viaje. Admito que luego me habló de que era importante. Le sugerí me dijese dónde se hospedaría en Chicago y que en un par de días me reuniría con él. Así quedamos. Pero, que yo sepa, nunca volvió a marcar mi

número.

—¿Cómo iba a marcarlo si ellos lo tenían prisionero?

—¿Ellos?

—Será mejor que me marche.

Dio media vuelta y empezó a andar.

Fui detrás de ella y la cogí del brazo, obligándola a volverse.

—Patty, no se puede ir así.

—Ya lo sabe todo.

—¿Ha acudido a la policía?

—No.

—¿Por qué no?

—Mi padre me lo advirtió. Nunca debería llamar a la policía. Esa era la razón del porqué le llamó a usted.

—Oiga, Patty, no entiendo nada de nada. Estoy hecho un lío. ¿Quiénes son esas personas que lo han tenido prisionero? ¿Por qué fue su padre a Chicago? ¿Por qué querían matarle?

—No se lo diré.

—¿Sólo vino aquí a vengarse?

—Sí, pero no se preocupe. No volveré. Puede vivir tranquilo.

Eso era lo que me disponía a hacer cuando ella llegó. Quería vivir con tranquilidad algunos días en Las Vegas, en Miami o en cualquier otro sitio. Con lindas mujeres, bailes a la luz de la luna, dorándome al sol con un vaso de whisky en la mano.

Pero había recibido la visita de Patty Wellman y todos mis planes habían saltado por el aire.

—Patty, quiero ayudarla.

—¡Le he dicho que ya no tiene remedio!

—Oiga, si asesinaron a su padre y no avisó a la policía, los criminales están en libertad. Quiero hacérselo pagar. ¿Me oye? Le juro que lo haré.

Ella me miró con las cejas enarcadas. Se había recuperado mucho gracias al whisky.

—¿Haría eso, Alex?

—Le estoy muy agradecido a su padre. Es cierto que le debo la vida. Suponiendo que me haya portado mal con él, palabra que lo hice sin pensar. Pero le aseguro que, si su padre me hubiese

contado que corría un peligro de muerte, habría abandonado el asunto que tenía entre manos para acudir a su lado.

Me miró profundamente a los ojos, quizá preguntándose si yo era sincero.

Debió convencerse.

—¿Me da más whisky, Alex?

Le sonreí.

—Eh, no quiero que pille una merluza.

—Sólo un poquito.

—Preparé dos raciones.

Ella se sentó con su vaso en el sofá y yo acudí a su lado.

Patty, después de beber un trago, dijo:

—Habrá oído hablar de las drogas.

—¿Drogas?

—Sí, la anfetamina, la LSD...

—Sí, desde luego. He oído demasiado, sobre todo de la LSD.

—Mi padre ha descubierto una droga nueva. Muy superior a todas las conocidas... Como casi siempre ocurre, la descubrió casualmente. Estaba haciendo unos trabajos sobre el maíz híbrido... Estaba muy entusiasmado con sus experimentos. Iba a conseguir que las cosechas de maíz aumentasen en más de un mil por cien. Mi padre siempre se ha interesado por los países subdesarrollados, los países de clima ecuatorial en donde, como sabe, el maíz es uno de los principales alimentos. Mi padre aseguraba que, si conseguía un éxito en la obtención de su maíz, el hambre disminuiría en unas proporciones sensacionales. Hacia continuamente ensayos en su laboratorio. Y un día, mientras hacía unos trabajos de síntesis, halló algo nuevo. En un principio era líquido, pero, al disecarse, formó un polvo de color cremoso. Parecía una harina, pero era distinta a todas las harinas que él conocía. Decidió probarla.

«Ingirió una pequeña cantidad. Siempre recordaré lo que pasó porque vino a casa y empezó a contarme cosas que yo nunca había sabido de él. Mientras mi madre vivió, tuvo amores durante dos años con una chica. Por fortuna, esas relaciones no tuvieron consecuencia, me refiero a hijos. Y también me contó una serie de confidencias. Esa situación duró por espacio de una hora. Transcurridos los sesenta minutos sintió un sopor y se quedó

dormido. Y al despertar, me preguntó qué le había pasado. No se acordaba de nada, excepto que había estado en el laboratorio. Cuando le expliqué lo que me había dicho antes de dormirse, se asombró. Había conseguido una droga, la verdadera droga de la verdad. Quien la ingiriese, contaría todo lo que tuviese escondido en lo más profundo de su ser. Y ni siquiera había que someterlo a un interrogatorio. Él mismo hablaría por propia voluntad.

Patty hizo una pausa para beber un trago.

—¿Cómo llamó su padre a la droga?

—Simplemente, le puso su nombre. Droga Wellman. Luego le pondrán el que quieran. Pero mi padre y yo nos entendimos llamándola con nuestro nombre.

—¿Qué pasó después del descubrimiento?

—Mi padre se sometió varias veces a los efectos. Y siempre me contó cosas nuevas con respecto a él, secretos de su trabajo, de su vida sentimental, de su juventud... No viene al caso que yo se las repita. Lo importante es que ya no había la menor duda, señor Connors. Se lo aseguro. Mi padre había logrado una droga sensacional, algo que querrían los gobiernos, los movimientos revolucionarios. Prácticamente, todos los países del mundo se encuentran ante situaciones en las que no vacilarían en usar la droga Wellman para conocer los propósitos de sus opositores. Mi padre se dio cuenta de las consecuencias de su descubrimiento. Si su droga cayese en manos de gente desaprensiva, podría causar daños incalculables. La droga Wellman desnudaba por entero a un hombre. Le hacía recordar sus más ocultos pensamientos, sus secretos más íntimos... Mi padre llegó a la conclusión de que no debería dar lugar a que la droga fuese industrializada. Quería destruirla. Yo le hice ver que la Medicina podría aplicar la droga Wellman en muchas circunstancias. Ya sabe, hay enfermos en psiquiatría que son reacios a informar sobre sus complejos. Un psiquiatra, con la droga Wellman, podría conocer a la perfección cuanto sus pacientes pretendiesen esconder. Y sería bueno para el enfermo, puesto que el doctor estaría en mejores condiciones, gracias a la droga Wellman, para intentar la curación. Pero mi padre era reacio. Pensaba que aun cuando unos laboratorios fabricasen en exclusiva la droga, sería fácil a muchas personas, a los Estados, llegar a fabricarla, ya que su obtención es

relativamente simple.

Saqué cigarrillos y le ofrecí.

Encendimos con la misma llama del encendedor.

—¿A quién informó su padre del descubrimiento?

—En un principio, sólo yo estaba informada.

—¿Tenía un ayudante su padre?

—Sí, Clark Malden, pero mi padre no le informó de nada.

—Adelante. ¿A quién informó después?

—A un compañero suyo de carrera, el jefe de los Servicios Químicos de la Harvey Company, de Chicago.

—He oído hablar de los laboratorios Harvey. Son de los más importantes del país.

—Mi padre fue a Chicago hace un mes y habló con James Ferguson.

Mi conversación telefónica con Wellman había tenido lugar la semana anterior. Así que aquel viaje a Chicago había sido anterior al que iba a emprender y para el que me necesitaba.

—¿Qué le pasó a su padre en Chicago?

—Ferguson le escuchó atentamente y quiso hacer unas pruebas. Mi padre facilitó a Ferguson una dosis de la droga.

—¿Con quién probó Ferguson?

—Mi padre no lo supo. Ferguson le dijo que le contestaría en un par de semanas. Eso no le gustó a mi padre. Apremió a Ferguson que le contestase en un par de días. Mientras tanto, él se quedaría en Chicago. Pero Ferguson dijo que tendría que hacer un viaje a Canadá, a la filial de los laboratorios Harvey en Toronto. Mi padre comprendió las razones de Ferguson y se despidieron.

—Su padre volvió a Los Ángeles.

—Sí. Regresó y me contó su entrevista con Ferguson. Mi padre estaba contrariado. Antes de emprender el viaje, había pensado que Ferguson le atendería con más urgencia. Lo tranquilicé. Yo no conocía a Ferguson, pero mi padre me había hablado muy bien de él. Habían sido compañeros inseparables de la Universidad. Y siempre se ayudaron. Su secreto estaba en buenas manos. Pero, en realidad, yo también estaba un poco intranquila. Un hombre, Ferguson, tenía en su poder el secreto de mi padre. Una droga ignorada. Una droga nueva, capaz de cambiar los destinos de los

hombres y de los pueblos.

Patty golpeó el cigarrillo en el cenicero.

La pausa me sirvió para mirar sus perfectas pantorrillas, y su rostro, para variar. Tenía una nariz respingona y unos labios gruesos, muy rojos, que, según el poeta, habían sido hechos para besar.

—Alex —prosiguió Patty llamando mi atención—, pasaron dos semanas desde que mi padre fue a Chicago. No había recibido noticias de Ferguson. Y de pronto, supo de él por el periódico.

—¿Qué fue lo que supo?

—Ferguson había muerto en un accidente de automóvil cuando regresaba a Chicago.

CAPÍTULO III

ASÍ que el antiguo compañero de Universidad de Robert Wellman, que había recibido de éste una dosis de la droga, había muerto en un accidente de automóvil.

Maravilloso. ¿Para quién?

Todos poseemos ese sexto sentido que nos advierte de lo peligroso, de lo emocionante, o de que estamos a punto de jugarnos el tipo. Unos lo tienen adormecido, pero otros lo tienen muy despierto. Yo pertenezco al segundo grupo.

—¿Qué hizo su padre al saber la noticia, Patty?

—Estaba desconcertado. No sabía cómo proceder. Se hizo una pregunta. ¿Había muerto Ferguson sin dar cuenta a nadie de su secreto? Pero yo me hice otra. ¿Había muerto Ferguson a consecuencia del supuesto secreto?

—Muchacha lista. ¿Y cuáles fueron las respuestas?

—Mi padre llamó a la Harvey Company y pidió hablar con el gerente. Era Spencer Harvey. Mi padre se dio a conocer como un amigo íntimo de Ferguson. Le preguntó por cierta droga, sin especificar la que había confiado a Ferguson. El señor Harvey dijo no saber absolutamente nada. Y eso fue todo.

Patty aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Mi padre pensó que quizá Ferguson no había tenido tiempo para dar a conocer la droga que había descubierto. Pero se equivocó. Lo llamaron desde Chicago. Era Spencer Harvey. Le dijo que había ordenado una investigación sobre Ferguson.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Dos días después de la muerte de Ferguson.

—¿Qué dijo Harvey?

—Que conocía la existencia de la droga. Le invitaba a ir a Chicago. Entonces mi padre se puso en contacto con usted para que lo acompañase. Estaba seguro de lo que iba a pasar allí. Ferguson había informado de la droga Wellman. Mi padre se sentía inseguro y se tuvo que ir solo.

—Lo siento, Patty. Ya le he dicho que si hubiese sabido de qué se trataba, lo hubiera dejado todo para acompañar a su padre. ¿Qué pasó después?

—Nada. No pasó nada.

—¿Qué quiere decir?

—Que no he vuelto a saber de mi padre.

—¿No trató de hablar con él?

—Quise establecer contacto con Harvey y, después de muchas dificultades, lo conseguí.

—¿Y qué le dijo Harvey?

—Que él sólo había hablado con mi padre una vez, cuando le preguntó por la droga de Ferguson. Y que él no había vuelto a conversar con mi padre. Nunca le había invitado a ir a Chicago. Y que no comprendía absolutamente nada de lo que yo le estaba diciendo.

Hubo un silencio.

—¿Se da cuenta, señor Connors? Alguien suplantó a Harvey. Mi padre fue a Chicago voluntariamente, pero, en realidad, fue un secuestro. Y teniendo en cuenta la importancia de su descubrimiento, estoy segura de que está muerto.

—No diga eso.

—Le han matado, Alex. Ha pasado una semana. Justamente una semana.

Sí, eran seis días. Lo recordaba bien. Seis días importantes. Con un minuto bastaba para matar a un hombre. Y seis días se componían de muchos minutos.

—Tranquilícese, Patty.

—¿Cree que puedo?

—Me voy a poner en marcha.

—Ya es demasiado tarde.

—No, no lo es. Aún es posible que su padre no haya muerto.

—Mi padre me pidió por favor que no llamase a la policía. Yo he respetado su deseo durante varios días.

—Y ahora pensó matarme y entregarse.

—No sirvo como asesina.

—No, no sirve. Perdió demasiado tiempo. Usted no tenía ningunos deseos de pegarme un tiro. Si hubiese sido una asesina, habría entrado en mi apartamento y apretado el gatillo inmediatamente. Pero dejemos eso. ¿Dónde murió Ferguson?

—A ciento cincuenta kilómetros de Chicago, cuando regresaba de Toronto.

Saqué un mapa y vi que a ciento cincuenta kilómetros de Chicago había un pueblo llamado Hot Spring. Las autoridades de Hot Spring se habían tenido que encargar de aquel asunto.

Hice una llamada a la comisaría de Hot Spring.

Patty me miraba con interés.

Establecí la comunicación y una voz ronca dijo:

—Comisaría de Hot Spring.

—Aquí Lee Miller, del Star de Los Ángeles —mentí.

—¿Que quiere, señor Miller?

—Recibimos hace días la noticia de la muerte de James Ferguson.

—¿De quién?

—De James Ferguson. Murió en accidente de automóvil.

—Oiga, señor Miller, ha habido varias muertes en accidente de automóvil. La gente está loca. No respeta las normas de la circulación.

—Le he dicho el nombre. James Ferguson, de la Harvey Company.

—Ah, sí, lo recuerdo.

—Quisiéramos saber cómo fue el accidente.

—Se precipitó por un barranco.

—¿Por qué?

—¿Por qué?

—Eso he preguntado.

—Señor Miller, si viese el coche se ahorraría esta llamada. El auto estaba completamente destrozado. El barranco tiene más de

doscientos metros de profundidad. El coche se fue dando vueltas, chocando contra rocas y contra árboles. Nuestros técnicos supusieron que el señor Ferguson se quedó dormido al volante o sufrió un despiste.

—¿Fue enterrado ahí?

—No. La señora Ferguson reclamó el cadáver. Lo enterraron en Chicago. Bueno, lo poco que quedó del señor Ferguson.

—¿Muy poco, amigo?

—Unas cuantas cositas.

—¿Con quién hablo?

—Inspector William Perkins.

—Inspector, quisiera saber lo que encontraron en el auto, aparte de los trozos del señor Ferguson.

—¿Encontrar? ¿A qué se refiere?

—Sus pertenencias.

—No había nada.

—Tengo entendido que el señor Ferguson había viajado desde Chicago a Toronto en viaje de negocios. Llevaría al menos un maletín.

—Nadie me ha hablado de eso.

—¿No supusieron ustedes que el señor Ferguson debería llevar equipaje?

—Oiga, señor Miller, cuelgue el teléfono.

—Le pedí más información del accidente de Ferguson.

—Sí.

—Pues démela.

—La va a tener en cuanto haga una llamada al Star de Los Ángeles.

—¿Cómo ha dicho?

—Cuelgue. Yo pediré comunicación con el Star de Los Ángeles y seguiremos hablando.

—Está bien —repuse, y colgué.

Miré a Patty y ella dijo:

—Ya le pillaron, ¿eh?

—Sí, el inspector llamará al Star de Los Ángeles y comprobará que no hay ningún Lee Miller en el Star. Pero no me gusta la forma

en que reaccionó ese tipo cuando le pregunté sobre un posible maletín de Ferguson. Ni tampoco me gusta su accidente.

—Lo mismo habrán hecho con mi padre.

—No, Patty.

—Lo dice para darme ánimos.

—Oiga, Patty, vamos a suponer que lo de Ferguson no fue un accidente. Lo asesinaron. Pero su cadáver lo encontraron. Si hubiesen matado a su padre, habrían preparado otro accidente.

—Ferguson era un hombre demasiado conocido. Mi padre trabajaba en solitario. Han podido hacerlo desaparecer sin ningún riesgo.

No le podía decir que su argumento era malo.

Pero yo tenía un naipe que jugar y lo jugué.

—Patty, ellos podrían tener la droga, pero no tenían la forma de conseguirla. Su padre se debió reservar eso. ¿No es cierto?

—Desde luego.

—Ahí lo tiene.

—Pero lo han podido atormentar para que hable.

Yo no podía ignorar que, efectivamente, ella pudiese tener razón.

—No nos precipitemos, Patty. Viajaré a Chicago.

—Voy con usted.

—No, Patty. No puedes venir conmigo —la tuteé—. Yo quiero hacer las cosas a mi modo y no las podría hacer en tu compañía. ¿Has sabido algo de mí?

—Eres un investigador privado que te metes en muchos líos.

—Es lo mío. Meterme en todos los avisperos. Y esta vez tengo un motivo más para meterme. El agradecimiento que siento por tu padre.

Descolgué el teléfono y encargué el billete de avión para Chicago.

—Patty, ¿qué hay de ese ayudante de tu padre, Clark Malden?

—Es una buena persona.

—Cabe la posibilidad de que haya habido una filtración por parte de Malden, a pesar de que él no sabe nada acerca del descubrimiento de tu padre.

—Pondría las manos en el fuego por Clark.

—Yo no podría poner las manos en el fuego por nadie. Lo hice una vez con un hombre que pasaba por mi mejor amigo. Y te aseguro que me quemé bien. Me abrasé.

Le pedí su dirección y su número de teléfono y los apunté en mi agenda.

—Estaré alojado en el hotel Logan, de Chicago, Patty. He parado algunas veces allí. Pero quizá siga a Hot Spring.

La acompañé hasta la puerta. Nos miramos a los ojos y dijo:

—Suerte, Alex.

Le guiñé un ojo.

—Voy a poner toda la carne en el asador.

Patty se puso de puntillas, me dio un beso suave y se fue.

Al entrar en mi cuarto me toqué los labios y sonreí. Había recibido una visita. Una encantadora asesina. Y ahora me había separado de la misma mujer con un beso.

CAPÍTULO IV

YA estaba en el hotel Logan, de Chicago.

Un botones, un granuja llamado Ed Murray, me preguntó nada más verme:

—¿Cuántas rubias le sirvo, señor Connors?

—Este año no es mi temporada de rubias.

—¿Una pelirroja para variar, señor Connors?

—No es mi temporada de pelirrojas.

—No me diga que se ha vuelto a las morenuchas. Tengo una que es un bombón.

Le tironeé de una oreja y le di un dólar para que se marchase.

Al quedar a solas, marqué el número de la casa de James Ferguson.

—Por favor, quiero hablar con la señora Ferguson.

—La señora Ferguson no admite llamadas.

—Soy un amigo de su marido. Alex Connors.

—Espere.

No, yo no había sido amigo de Ferguson. Pero un investigador privado se tiene que valer de muchos trucos para lograr su objetivo.

Al cabo de unos instantes oí una voz cálida:

—Soy Stella Ferguson.

—Señora Ferguson, acepte mi pésame.

—Muchas gracias.

—James y yo éramos buenos amigos.

—Perdone, señor Connors, pero nunca le había oído hablar de usted.

—Nos conocimos hace algún tiempo.

—Ah, ya.

—Pero últimamente estuvimos en tratos para realizar un negocio juntos.

—¿Qué negocio, señor Connors?

—La explotación comercial de una nueva droga.

Hubo un silencio a la otra parte.

—No sé a qué se refiere, señor Connors.

—¿No le habló James del profesor Robert Wellman?

—Sé que el señor Wellman era un antiguo compañero de James.

—¿No le dijo James, antes de su viaje a Toronto, que Robert Wellman había descubierto una importante droga?

—No, señor Connors.

—Señora Ferguson, quizá haya encontrado usted alguna nota con respecto a ese asunto. Ya sabe, la agenda de su marido, algún papel, un cuaderno.

—No, señor Connors. No he encontrado nada. Pero, si es muy importante para usted, haré otro examen de sus documentos personales.

—Es muy importante.

—Deme su dirección.

—Estoy en el hotel Logan —agregué el número de teléfono.

Ella preguntó:

—¿Va a estar mucho tiempo ahí, señor Connors?

—Dos días. Puede que tres. Aunque tengo que salir. Si cuando usted llama, no estoy, deje el recado.

—No se preocupe. Así lo haré.

—Muchas gracias, señora Ferguson.

Colgó primero ella y luego lo hice yo.

El granuja Ed asomó la cabeza por la puerta y le gritó:

—¡Te dije que no quería la morenucha!

Entró con una bandeja sobre la que exhibía una botella de whisky y un vaso. Y luego el muy canalla hizo como que iba a salir.

—Espera, Ed. Eso sí lo acepto.

—Creí que se había retirado de todos los vicios.

—Alguna vez te mandaré al infierno.

—Dese prisa, señor Connors. Dicen que allí están las mejores mujeres.

Ed Murray era pecoso, de cabello rojizo.

—Ed, ¿tienes amigos en el hotel Harris?

Ed se tironeó de una oreja.

—Uno tiene amigos en todas partes.

Le enseñé un billete de a cinco dólares.

—Quiero saber si un amigo mío llamado' Robert Wellman se alojó allí cualquier día de la semana pasada.

—Iré al hotel Harris después del trabajo.

—Quiero la información ahora.

—Está bien.

Descolgó el teléfono y marcó un número. Preguntó por Joe Hill. Pasó un minuto y tuvo a la otra parte a su amigo Joe. Le dijo lo que quería. Ed escuchó unos instantes y finalmente le dio las gracias y colgó.

—No, señor Connors. No hubo ningún señor Wellman.

Yo todavía conservaba el billete de cinco dólares en la mano.

—¿Me da ya la limosna, señor Connors?

Atrapó el billete y lo hizo desaparecer.

—Le veo preocupado, señor Connors —comentó.

—Sí, Ed.

Era un condenado asunto al que yo no sabía cómo hincar el diente. Naturalmente, mi próxima visita sería a la Harvey Company. Pero sabía ya lo que me iban a responder. Podía apostar veinte contra uno a que no sabían nada del profesor Robert Wellman.

—¿Problemas de mujeres? —me hizo recordar Ed su presencia.

—Ed, ¿es que no tienes otra cosa en qué pensar?

—¿Hay algo más en qué pensar?

* * *

Aquella mujer tenía mucho para pensar. Era rubia platino, pero probablemente llevaba una peluca postiza. Y su cuerpo era un dechado de curvas bien trazadas. Había leído su nombre sobre la mesa. Se llamaba Bárbara Tracy, Yo le había dicho que quería hablar con Spencer Harvey. Me contestó que no podía hablar con Harvey porque estaba celebrando una importante reunión.

Entonces yo le solté la palabra mágica. Quería hablarle del fallecido James Ferguson. Y le di una tarjeta mía. La que dice: «Alex Connors, investigador privado», con mi dirección y número telefónico de Los Ángeles.

La rubia platino desapareció por tres minutos y cuando regresó dijo:

—Sígame, el doctor Harvey le va a recibir.

Y fui detrás de aquel conglomerado de curvas. Ella sabía mover las caderas, y tuve que subir la mirada para no marearme.

Abrió una puerta.

Vi otra mujer. La rubia me dijo que era la secretaria del señor Harvey, la señorita Nancy Harler. Era una morenucha, como las llamábamos Ed y yo para entendernos. Parecía una muñeca, de ojos verdosos, muy claros. Se cubría con una blusita que parecía que se iba a romper porque contenía demasiado.

—Siéntese —dijo la muñeca de ojos verdes—, el señor Harvey lo recibirá en unos minutos.

Me señaló un sillón muy alejado y yo me senté en el de enfrente porque así podía verle los remos. Y ella se dio cuenta de que se los estaba mirando. Llevaba una falda muy corta y me mostraba sus piernas, unas bonitas piernas.

—Harvey tiene todo lo mejor —dije.

Entornó los ojos porque sabía que me refería a ella, y a la rubia recepcionista.

—¿A qué hora sale, Nancy?

—Tengo un compromiso, señor Connors.

—¿Con el señor Harvey?

Sus mejillas se sonrojaron.

—Es usted muy indecente.

—Nena, no se ponga así. Veo demasiada televisión. Casi siempre la secretaria está liada con su jefe.

—Yo, no.

—¿Es mamaíta y tiene cuatro niños a su cuidado?

—No soy madre, ni hay cuatro hijos.

—Entiendo, hoy tiene un compromiso. Y eso es todo. De acuerdo, gatita. Todo resuelto. Pero no me arañe.

—Yo también veo televisión, señor Connors. Y quiero decirle

que no me gustan nada los investigadores privados que se la dan de duros.

—Me voy a morir de pena.

Ella fue a contestarme con alguna frase ingeniosa. Pero no pudo porque en aquel momento sonó el interfono.

Le dio a la llavecita y una voz ronca dijo:

—Puede hacer pasar al señor Connors, señorita Harler.

Me levanté.

—Nena, todavía puede romper su compromiso. Ganará con el relevo. Tengo una colección de chistes verdes que le harán reír.

—¿Quién le ha dicho que me gustan los chistes verdes?

—Hoy a todas les gustan.

—A mí, no —me señaló la puerta que había detrás—. Guarde sus chistes para el señor Harvey.

—Quizá le cuente alguno.

Entré en un despacho grande con una mesa grande. En las paredes había unos cuadros muy grandes. Y también había una gran biblioteca con libros muy grandes.

Lo único pequeño que había allí era el tipo. Podía medir uno sesenta y pesaba una porquería, los cincuenta y cinco, con los zapatos que llevaba de tacón muy alto.

Lo que necesitaba era unos zancos. Pero estaría mal visto que un hombre tan importante como Spencer Harvey celebrase sus juntas de administración con los zancos.

—¿Señor Connors?

Me tendió la mano y yo se la estreché.

—No nos conocemos, ¿verdad? —dijo.

—No, no, señor.

—¿Qué quiere decirme de Ferguson?

—Deseo que me informe sobre la droga.

—Creo que le comprendo.

—Lo celebro.

—La señorita Wellman ya se refirió a eso en una llamada telefónica que me hizo desde Los Ángeles. Pero le contesté a la señorita Wellman que yo no sabía absolutamente nada.

—Usted invitó al señor Wellman a venir a Chicago.

—No, señor Connors. Le dije a Patty Wellman que yo no me había puesto nunca en contacto con su padre. Fue Robert Wellman quien me hizo una llamada, tras la desgracia de Ferguson. Le dije bien claro al profesor Wellman que Ferguson no me había hablado de ninguna nueva droga —Harvey dio un suspiro—. Señor Connors, todo esto es muy difícil para mí. Ferguson era mi hombre de confianza y lo he perdido.

—Yo también lo siento. Pero la muerte de Ferguson me resulta sospechosa.

—¿Qué dice?

—No creo en el accidente.

—Señor Connors, ¿se da cuenta del alcance de sus palabras?

—Sí, señor Harvey, me doy cuenta del alcance de mis palabras.

—¿Sugiere que el señor Ferguson fue asesinado?

—Exactamente.

CAPÍTULO V

—**E**S la cosa más absurda que he oído en mi vida —exclamó el pequeño Harvey—. Nadie tenía por qué matar a Ferguson. Era un hombre sin enemigos. No, usted no conocía a Ferguson, naturalmente.

—Admito que no lo conocí.

—Era servicial, caballeroso, correcto. Y poseía esa capacidad especial de los hombres que saben mandar. Le aseguro que he perdido al mejor gerente.

—¿Y quién lo va a sustituir?

—Todavía no lo he decidido. Pero si cree que alguien mató a Ferguson para ocupar su puesto, se equivoca.

—No, señor Harvey, no van por ahí mis disparos. Si mataron a Ferguson fue por la droga de Wellman.

Me miró unos instantes en silencio.

—¿Qué clase de droga es?

—Si usted la tomase ahora mismo, me confesaría que ordenó el asesinato de Ferguson, si es que usted lo hubiese ordenado.

Pegó un saltito, pero no se elevó más de medio palmo.

—Es usted desagradable, señor Connors.

—Sólo trataba de hacerle comprender la importancia de la droga Wellman. Era su nombre provisional. Pero, con toda seguridad, habría sido el definitivo, puesto que Wellman fue su descubridor.

—Señor Connors, hay muchas drogas que son conocidas en el argot policíaco-periodístico con el nombre de «suero de la verdad».

—El pentotal es una de ellas.

—Pero hay otras, señor Connors. No viene al caso que yo se las enumere. Usted no es un profesional.

—Señor Harvey, el pentotal y las drogas del mismo tipo que usted me pueda citar son una birria comparadas con la droga Wellman. El pentotal y las otras drogas de su clase necesitan un período de tiempo para ejercer una influencia sobre la persona que las ingiera. Incluso se ha demostrado que fracasan con muchos pacientes o víctimas. No sirve con ellos. La droga Wellman incita al que la ingiere a contar todo aquello que guarda como secreto, sin necesidad de un interrogatorio. Actúa como una especie de explosivo sobre la mente que hace saltar los secretos, los pensamientos de una persona, por muy ocultos que los tenga.

—¿No existe esa droga!

—Le repito que el doctor Wellman la descubrió.

—¿De dónde la sacó? Me refiero a la materia prima.

Yo sabía de dónde la había sacado Wellman, pero no estaba dispuesto a decírselo.

—No lo sé, señor Harvey.

—¿Representa usted a la señorita Wellman?

—Sí.

—¿No le dijo ella nada acerca de la obtención de la droga?

—No, no me dijo nada. Fue la condición que me impuso para que yo trabajase en el asunto. Yo debía ignorar el aspecto científico del descubrimiento del profesor.

Se apretó el labio.

—Lo siento, señor Connors. Insisto en lo que le dije antes. No puedo servirle de ayuda.

—Usted posee una compañía muy importante, señor Harvey. Y si tuviese la droga Wellman, serían mucho más importantes.

—Cuidado, señor Connors, nosotros somos poderosos, sin necesidad de la droga Wellman. Aunque si quiere saber mi opinión, no creo que el profesor Wellman haya descubierto una droga que produzca los efectos que usted dice. Es el sueño de muchos investigadores. Pero nadie lo ha logrado ver realizado.

—Pero suponiendo que la droga existiese y ustedes tuviesen la fórmula, serían más poderosos de lo que lo son hoy, ¿verdad, señor

Harvey? Se convertirían en casi una potencia a nivel gubernamental.

—Señor Connors, ya veo que es usted otro soñador.

Le sonreí.

—Los policías de Los Ángeles no me dicen eso. Todo lo contrario. Me acusan de ser demasiado materialista. Y las mujeres opinan lo mismo.

Se sonrojé.

Harvey era un tipo muy educado. Probablemente habría ido a una de las mejores Universidades del país. Era pequeño, pero tenía clase.

Se tironeó de las mangas de la camisa.

—Señor Connors, he suspendido por unos instantes una reunión para atenderle a usted. Pero ya terminó la entrevista.

—Sólo quiero hacerle una última pregunta, señor Harvey. Imagino que usted es el depositario del maletín que Ferguson llevaba cuando sufrió el accidente.

—¿El maletín?

—Sí, el equipaje. ¿O me va a decir que Ferguson viajaba sin equipaje?

Se quedó un momento desconcertado.

—No sé nada de eso.

—Ferguson viajó a su filial de Toronto. Imagino que iría allí para sostener conversaciones relacionadas con el negocio. Para llevar a cabo esas conversaciones tendría que llevar un maletín con notas, apuntes, documentos. ¿Y me va a decir que usted no se ha preocupado de ese maletín?

—Guardamos copia de los documentos que se llevó Ferguson. Y estoy al corriente de las conversaciones que sostuvo en Toronto. El coche quedó completamente destrozado. Sólo pensamos en Ferguson. No se me había ocurrido hasta ahora pensar lo que hubiese en ese maletín. Le repito que desde un punto de vista del negocio, estaba todo en orden. En la reunión que estoy celebrando se encuentra nuestro director de la filial de Toronto que sostuvo conversaciones con Ferguson.

—¿A qué fue concretamente Ferguson a Toronto?

—Podría negarme a contestarle. Pero le daré una respuesta.

—Muy amable.

—Era un simple viaje de negocios. Nuestra filial de Toronto produce las drogas que nosotros seleccionamos en un plan previo. Eso lleva muchos meses de estudio, y la producción depende de las necesidades del mercado en los Estados Unidos, Canadá y resto del mundo. Habíamos decidido que la Harvey Company de Canadá fabricase cuatro nuevas drogas. Ferguson fue allí para hablar de todo lo relacionado con ese nuevo plan de producción. Fue el único motivo de su viaje, señor Connors. Comprenderá ahora que la muerte de James Ferguson ha sido muy sentida por todos nosotros, especialmente por mí. Pero no nos ha causado ningún perjuicio desde el punto de vista de la producción que se realiza en nuestros complejos, tanto el de Chicago como el de Toronto.

—Gracias por haberme concedido parte de su tiempo, señor Harvey.

—Le deseo un buen viaje de regreso a Los Ángeles.

—No me voy a Los Ángeles.

—¿No?

—Continuaré aquí investigando.

No le gustó eso. Pero no se lo había dicho para que se pudiese a bailar.

—Perdone —dijo—, tengo que volver a mi reunión. Adiós.

Le hice un saludo con la mano y salí de la gran habitación con la gran mesa, los grandes cuadros y el hombre pequeño. La nena Nancy Harler estaba tecleando la máquina. Se había puesto unas gafas.

—¿Miope? —pregunté.

Se interrumpió y levantó la barbilla. Estaba monísima. Le di el título de Miss Gafas por unanimidad.

—¿A usted qué le importa? —contestó retadoramente.

—Nada, feúcha. Nada. No me pegue.

Me dirigí hacia la puerta, pero antes de salir dije:

—Se me olvidaba. ¿Rompió su compromiso?

Ella me enseñó unos dientes como perlas, según dijo el poeta.

—Si yo rompiese un compromiso para salir con usted, me colgaría de la lámpara.

Miré al techo y no vi ninguna lámpara. Las luces eran indirectas

y estaban muy bien dispuestas.

—¿De qué lámpara, feúcha?

—¡De cualquier lámpara! —gritó.

—Tengo una en la habitación del hotel Logan. La número 24. Quedará muy mona colgada. Reúnase allí conmigo si está desesperada.

No esperé a oír su reacción.

La recepcionista del cabello platino me atendió. También movía muy bien sus caderas. Palabra. Pero no era mi temporada de rubias platino.

Me acerqué a la gatita, a pesar de ello.

—¿Está mucho tiempo aquí?

—Un par de años.

—¿Contenta?

Se encogió de hombros, como diciendo: «Si es usted banquero y me regala un abrigo de visón, ya me puede poner la cadenita en el cuello».

—¿Qué opinión le merecía el señor Ferguson? —pregunté olvidando a la banca.

—Todo un caballero.

—¿La llevó alguna vez a un bungalow?

—Oh, no.

—¿Lo recibió en su apartamento?

—Pero, ¿qué dice, señor Connors? James Ferguson era un hombre hogareño, quiero decir, cuando no estaba en la oficina. Aunque no me gusta nada su mujer. Yo no sé por qué él tenía que estar tanto tiempo en el hogar. No me gusta nada la señora Ferguson.

—¿Por qué?

—Es una mujer orgullosa, ya sabe, una de esas mujeres que se lo cree. Aunque debo admitir que es hermosa. Pero no me resulta nada simpática, ¿sabe?

—¿Dónde la conoció?

—La vi aquí un par de veces. Y cuando me hablaba, parecía que se estaba dirigiendo a una esclava. Salgo a las seis. Y no me espera nadie.

No, yo no podía esperar a la gatita. El profesor Wellman podría

estar muerto. Era lo más probable. Pero podía estar vivo y, en este caso, tenía que sacarlo de donde se encontrase encerrado.

—Hoy no puedo, Bárbara. Pero nos veremos pronto.

Fui en un taxi a la casa de Ferguson, la supuesta víctima del accidente. Había vivido en un moderno edificio de apartamentos.

Un jardinero regaba el césped. No me preguntó adónde iba. Pero el portero me detuvo.

—Soy Alex Connors de la Compañía de Seguros Roberts. Tengo que hablar con la señora Ferguson sobre el seguro de su marido —exhalé el aire—. Nos ha caído una buena. Cuando se muere uno de estos peces gordos tenemos que pagar unas indemnizaciones muy altas. Con otra como ésta, nos arruinamos.

Me dijo cuál era el apartamento de los Ferguson y subí en el ascensor.

Apreté un timbre. Se abrió una puerta y vi una doncella.

—Soy Alex Connors. Hablé antes con la señora Ferguson. Dígle que he venido por un asunto importante.

El living era enorme, con un pequeño salón que conducía a una terraza.

Permanecí a solas como tres minutos. Al fin se abrió una puerta y apareció ella.

¿Se imagina cómo podría ser la reina de Saba, hermano? Pues le aseguro que pudo ser como Stella Ferguson. Era esbelta, el cabello negro, como los ojos, el cutis fino, nacarado, la nariz recta, los labios muy rojos. Se cubría de negro pero valía la pena porque era justamente el color que mejor le iba.

—¿Señor Connors?

Me alargó su mano. Yo la apreté suavemente. Su piel era cálida.

—Perdone, señora Ferguson, pero decidí venir, ya que usted fue tan amable y se ofreció para repasar los papeles de su marido.

—Sí, lo hice.

—¿Encontró algo?

—Nada.

Era como había dicho la rubia platino. Orgullosa y altiva. Pensé en si podría resistir un obús. Y decidí disparar el cañón.

—Señora Ferguson, tengo razones para suponer que su marido fue asesinado.

El obús no derrumbó el muro. Continuó seria, imperturbable.

El único fallo fue que las aletas de su nariz palparon, lo mismo que una potranca joven cuando se le tasca el freno.

—No le comprendo, señor Ferguson.

—Si yo no me equivoco, su esposo fue asesinado porque era depositario de la droga Wellman. Y para que lo sepa todo, esa droga es la más importante que se ha descubierto en los últimos años. Su marido compartía el secreto con el profesor Wellman desde poco antes que viajase a Toronto.

—¿Ha hablado con el señor Harvey?

—Sí, vengo de visitarle.

—¿Y qué le ha dicho?

—Que no tiene la menor noticia de la droga Wellman.

—Yo tampoco le puedo ayudar, señor Connors. Y creo que es usted muy fantástico. Estoy segura que mi marido murió en un accidente.

—¿Y el maletín?

—¿Qué maletín?

—El que llevaba su marido en el coche.

—La policía de Hot Spring me lo entregó.

Me quedé sorprendido. Llevaba un rato dándole vueltas a aquel maletín y ahora resulta que estaba aquí. Y Harvey no sabía nada, aunque el pequeñajo me había dicho que ellos estaban al corriente de todo lo relacionado con el trabajo de Ferguson.

—¿Qué encontró en el maletín, señora Ferguson?

—Papeles.

—¿Les echó un vistazo?

—Los examiné después que usted me habló de la droga.

—¿Puedo verlos yo?

—Desde luego.

Salió del living y regresó con un maletín un poco deteriorado. Examiné la cerradura. Justamente había recibido un golpe allí y no funcionaba. El golpe pudo ser provocado por el accidente. Pero también pudo ser provocado por alguien.

Stella Ferguson apoyó el maletín en una mesita y lo abrió.

Dentro había un montón de papeles. Algunos estaban arrugados.

—Puede examinar los documentos, señor Connors.

Había memorándums con respecto a diversos productos medicinales y drogas. Pero ni una palabra de la droga Wellman.

Observé a Stella. Ella había cruzado los brazos bajo los grandes senos y esperaba pacientemente que yo acabase.

Dejé los papeles en el maletín.

—Tiene razón, señora Ferguson. No hay nada de la droga Wellman.

—Si hubiese encontrado algo, le habría telefoneado al hotel, como acordamos.

—¿Hijos?

—¿Cómo dice?

—Que si ha tenido hijos de su matrimonio con James.

—Ninguno. No tuvimos esa suerte en los cuatro años que llevábamos de matrimonio.

Me pregunté cuánto se conservaría viuda la señora Ferguson. Era muy hermosa, muy bella y muy atractiva, y sólo debía tener veintiocho años. Una viuda con las que uno sueña. ¿Sería la Viuda Negra? Ya saben, la araña que mata al macho después de la fecundación.

—Le voy a hacer un ruego, señor Connors.

—Diga.

—No trate de remover más el asunto. Me refiero a la sugerencia de que mi marido fue asesinado.

—¿Por qué?

—No quiero ver mi nombre en los periódicos.

—Seré muy delicado.

—¿Va a proseguir? ¿Pretende demostrar que a mi marido lo asesinaron?

—Sólo quiero convencerme de que fue un accidente, señora Ferguson. Eso no es nada malo, ¿verdad?

No contestó si era malo o bueno.

—Buenos días, señora Ferguson. Y gracias por atenderme.

No me gustó lo que leí en sus ojos. Parecían decirme: «Eres un entrometido. Y no llegarás muy lejos».

CAPÍTULO VI

YA estaba en Hot Spring.

Era un pueblo pequeño, como los había visto por centenares. Con una calle principal donde estaban todos los negocios. Y también allí se ubicaba la comisaría de policía.

Un viejo que masticaba tabaco soltó un salivazo y estuvo a punto de salpicarme un zapato.

—Mala puntería, abuelo.

Yo había aparcado mi coche, el que alquilé antes de emprender el viaje, en la calle, un poco más arriba.

Entré en la comisaría.

Un policía estaba leyendo un periódico delante de un cuadro telefónico.

—Hola —dije.

Tenía los pies sobre una verja, pero no los bajó. Era un tipo casposo, de nariz chata.

No contestó al saludo.

Saqué una de mis tarjetas comerciales y se la alargué.

La leyó y arrugó la nariz como si tuviese en la mano un trozo de bacalao.

—¿Investigador privado? —gruñó.

—Sabe leer.

No le gustó mi comentario.

—Sólo me río con los chistes de Jerry Lewis.

—Tenemos gustos comunes. Yo también. Quiero hablar con el jefe.

—El capitán Rex Denton tiene mucho trabajo.

—Dígale que he venido para investigar la muerte de James Ferguson.

—¿Se refiere al accidentado de la semana pasada?

—Sí.

—¿Qué tiene que decir?

—Lo hablaré con el capitán.

Me miró con un gesto de perro y finalmente hizo el memorable esfuerzo de bajar las piernas. Yo habría tocado los palillos de haber tenido el tambor a mano

Desapareció por una puerta del fondo y salió poco después dejando la puerta abierta.

—El capitán dice que pase.

El capitán Rex Denton tenía mucho trabajo.

Manejaba un palo de golf y estaba tratando de meter la bolita en un supuesto agujero dibujado con tiza sobre el piso.

Era gordo.

—¿Haciendo ejercicio para rebajar grasas? —sugerí

Mis palabras le hicieron fallar el golpe. Su cara transpiraba sudor, mientras me observaba como habría observado a un moscardón.

Era rubio, aunque ya le quedaba muy poco cabello. Cien agujeros más en aquel campo de golf de pega y se quedaría calvo.

Sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la cara y del cuello.

—Esta humedad me mata —rezongó—. En cuanto me den la jubilación me iré a su ciudad, señor Connors. Es mi sueño. Vivir en California.

—Allí también sudamos.

—¿Ah, sí?

—Los que tenemos que ganarnos el pan.

Eché una mirada a mi tarjeta que había puesto en el borde de la mesa y dijo:

—No me gustaría que se ganase el pan arrojándonos basura, señor Connors.

—Nadie intenta ensuciar su bonita ciudad, capitán.

—¿Qué hay de lo que me dijo el vago de ahí fuera? Sugirió que

usted se llegó a husmear en lo de Ferguson.

—Sí.

—No hay nada que husmear. Fue un accidente.

—¿De veras?

—Lo he dicho un millar de veces. La curva de «La Mujer Perdida» es mala, muy mala, y sigue siendo mala después de que la corrigieron unos grados.

—Tiene un bonito nombre. La curva de «La Mujer Perdida».

—¿Sabe cuántos accidentes ha habido en ella durante los últimos cinco años?

—Maneje la estadística.

—Seis muertos y doce heridos. Cuatro de ellos graves, aunque lo pudieron contar —sonrió con desaliento—. Sí, señor Connors, el señor Ferguson ha sido la sexta víctima. Ahora me han prometido, como tantas veces, que la curva desaparecerá. Harán un túnel. Resultará caro agujerear la montaña, pero lo harán.

—Y ya no habrá más muertos en la curva «La Mujer Perdida». Y todos viviremos felices y comeremos perdices.

No se rio. A decir verdad, no era un buen chiste. Pero tampoco me pegó con el palo de golf. Dejó éste en un saco, donde había otros palos, y dijo:

—Tiene usted un pésimo sentido del humor, señor Connors.

—No estoy en mi día.

—No, ya veo que no lo está.

—¿Quién bajó al barranco donde fue a parar el automóvil?

—El agente Alan Kane. No lo puede ver. Está de servicio. Pero le puedo decir lo que él contó. El señor Ferguson estaba muy feo dentro del coche —se pasó otra vez el pañuelo por el cuello—. Yo vi sus restos en la autopsia y Alan Kane tenía razón. El señor Ferguson estaba muy feo.

—¿Y el maletín?

—¿El maletín?

Arrugó las cejas como si le hubiese preguntado por el conde Drácula.

—Oh, sí, el maletín. ¿Qué pasa con él, Connors?

—Estaba cerrado y alguien lo abrió para saber qué había dentro. Entornó los ojos y de pronto se echó a reír.

—Señor Connors, es usted un maldito sabueso. ¿Esperaba pillarme en falta? El maletín estaba abierto. Recibió un golpe en la caída y se abrió. Y es lógico que pasase eso. Tenía que haber visto cómo quedó el coche. Un montón de chatarra. Cualquier cosa que estuviese dentro, tenía que haber sufrido.

—¿El agente Alan Kane trajo aquí el maletín?

—Sí, aquí se traen las pertenencias de las víctimas. Las que mueren en la curva de «La Mujer Perdida» y las que mueren en la habitación de un hotel. Los policías tenemos esa costumbre.

—Usted sí tiene un gran sentido del humor.

—¿Algo más, señor Connors?

—Fue un asesinato, jefe.

—¿Qué?

—Asesinaron a James Ferguson.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sé.

—¿Por qué lo iban a asesinar?

—Por una droga de valor incalculable. Ferguson era depositario del secreto del descubridor. Y hasta le fue facilitada una dosis del nuevo producto.

—Pruebas.

—El profesor Wellman, el descubridor de la droga, desapareció de Los Ángeles. La última noticia que tengo es que viajó a Chicago.

—¿Ha hablado con la policía de Chicago?

—No.

—¿Por qué no?

—Prefería hablar con la policía de Hot Spring. Me encantan los pueblos pequeños.

Cogió mi tarjeta y la observó. No encontró ninguna falta de ortografía en mi nombre.

Abrió los dedos y la tarjeta cayó en el suelo.

Yo estaba seguro de que no se le había caído por casualidad. Luego me miró.

—Connors, aquí no quiero líos.

—¿Qué más?

—Déjese de investigaciones tontas.

—¿Qué más?

—Ferguson murió en un lugar donde hay muchos accidentes. Y donde puede haber varios más, hasta que se haga el túnel. ¡Y no me pregunte qué más, maldita sea!

—Ya me voy, jefe.

—No me gusta usted. No me gustan los investigadores privados. Son la peste.

—Hay algo que apesta más que un investigador privado, capitán.

—¿Qué cosa? ¿Un basurero?

—Sí, jefe, un basurero con un asesinato dentro.

—Es un hombre de ideas fijas, Connors.

—Cuando me encargan un asunto, lo fijo en mi cerebro. Y no lo suelto hasta haberlo solucionado.

Permanecemos un rato en silencio.

—Puede marcharse, Connors.

—Hasta la vista, jefe.

—No, Connors, no quiero volverlo a ver.

—Eso no va a depender de mí... Ni de usted.

—Tenga cuidado. Soy el jefe de la policía en Hot Spring, y una de mis obligaciones es la de alejar de la ciudad a los desaprensivos.

—Hace usted muy bien. La gentuza debe estar fuera de la comunidad.

Salí del despacho del capitán antes de que reemprendiese su partida de golf.

El vago estaba otra vez sentado en la silla, leyendo el periódico.

Pasé por su lado y no se movió.

—¿Adelantó algo, Connors? —ladró.

—¿Quién vino aquí cuando lo del accidente?

—¿De qué me está hablando?

—Del accidente de Ferguson. Le estoy preguntando si vinieron aquí personas de Chicago o de alguna otra parte.

—Sólo vino un tipo. Un representante de la Harvey Company.

—¿Cómo se llamaba?

—Henry Bennet.

—¿Para qué vino?

—Para hacerse cargo del cadáver.

—¿Fue él también quien se llevó el maletín?

—Sí.

—¿Me puede describir a Henry Bennet?

—Treinta y cinco años, rubio, bien parecido, muy elegante.

Viajaba en un «Cadillac».

La puerta se abrió y el capitán Denton rugió:

—¡Max, ábreme una cerveza!

—Si; jefe, enseguida.

—¡Y no hables con desconocidos, Max! —agregó el capitán fulminándome con la mirada.

Esbocé una sonrisa y salí de allí.

CAPÍTULO VII

ENTRÉ en el hotel Regina. Estaba un poco más abajo de la comisaría.

En el registro había una mujer de unos cincuenta años que no se resignaba a envejecer. Tenía el rostro muy maquillado y por la abertura del escote se podría haber metido un tejón con cuatro tejoncitos.

—¿Habitación?

—Desde luego —me contestó sonriendo—. Soy Rose Morris la dueña.

—Alex Connors.

—¿Viajante?

—Investigador privado de Los Ángeles.

Se puso a parpadear.

—¡Caracoles, debí suponerlo!

—¿Ah, sí?

—Usted es de los tipos que más me interesan. Desde un punto de vista de espectadora. Es la clase de películas que más me gustan, las de los investigadores privados. Oh, Paul Newman

—Siento no parecerme a él.

Ella hizo una caída de pestañas.

—No, no se parece a Paul Newman, pero tampoco está nada mal.

Me inscribí.

—¿Cuánto tiempo va a estar, señor Connors?

—Dos días. ¿Qué tengo que pagar?

—Siete dólares.

Le aboné los siete dólares y me dio la llave de la habitación 77.

Rose apoyó un brazo en el mostrador.

—¿Qué investiga, señor Connors?

—Un accidente. Habrá oído hablar de él. Un hombre murió hace unos días en la curva de «La Mujer Perdida».

—Oh, sí. Creo que se llamaba Harrison.

—Ferguson.

—Eso es, Ferguson.

—¿Me puede decir algo?

—¿Yo? No soy policía, señor Connors. Además, ¿qué tuvo de particular? Ha habido muchos accidentes en ese lugar.

—Eso me dijo el capitán Denton.

—¿Ya habló con él?

—Y no le caí nada simpático.

—Le diré en secreto que yo tampoco le soy simpática. No se da cuenta de que dirijo un hotel y tengo que admitir a los huéspedes. Una no le va a preguntar a un forastero: «¿Es usted tahúr...?»
«¿Acaba de asaltar usted un Banco en Chicago?»

Le sonreí.

—No, no puede preguntar eso, Rose.

Yo tenía una idea sobre Ferguson. Había encontrado la muerte en aquella curva y, si no me equivocaba y era un asesinato, habrían tenido que preparar su coche para que le sobreviniese la muerte en aquel lugar. Y el pueblo más cercano, era Hot Spring. Si el coche fue preparado para que Ferguson se matase en la curva, debió ser manipulado en Hot Spring. Y si lo mataron y luego lo arrojaron con el coche por la curva, había un montón de probabilidades de que el crimen previo hubiese sido cometido en Hot Spring.

—Rose —me incliné también sobre ella—. ¿Qué gente extraña estuvo en el hotel la semana pasada?

—¿Gente extraña?

—He observado que su hotel es el único que hay en esta calle.

—Hay otro en la segunda calle. Pero sólo van allí tipos indecentes.

—Por eso, si personas extrañas se llegaron a Hot Spring, debieron hospedarse aquí.

Le enseñé dos billetes de a cinco dólares. Ella los atrapó, los dobló y los metió en el escote.

Murmuró algunos nombres mientras iba leyendo.

—Aquí tiene a dos tipos. Se hospedaron el día seis y se fueron el siete.

Ferguson murió entre la noche del seis y el siete. Vi los nombres. Se habían alojado en la habitación 11 y 12. El primero se llamaba Douglas Pursall y el segundo, Ernest Lake.

—¿No los había visto nunca con anterioridad?

—No.

—¿Los recuerda?

—Sí, los recuerdo bien. Uno de ellos, Douglas Pursall, tenía una cicatriz sobre la ceja izquierda. Y al otro le faltaba media oreja, la de la derecha.

—¿Cómo vestían?

—Con trajes recién sacados del almacén.

Los matones visten así. Cobran caro por despachar al prójimo y tienen la obsesión de vestir con la mayor elegancia. Aunque se compren trajes llamativos, horribles.

—¿Traían coche?

—Sí, y la matrícula era de Chicago.

—¿La recuerda?

—No, señor. El coche era negro.

—¿Dijeron a qué se dedicaban?

—Lo hablaron al inscribirse. Uno le dijo al otro: «Oye, a ver si tenemos suerte y vendemos esas malditas máquinas».

—¿A qué máquinas se referían?

—No lo sé. Pero cada uno de ellos llevaba un maletín. Imaginé que las tendrían en el coche porque en el maletín no podrían haber llevado unas máquinas demasiado grandes.

—¿Cuándo llegaron?

—Por la mañana. Pero estuvieron muy poco tiempo aquí. Salieron enseguida y regresaron muy tarde.

—¿Durmieron?

—Sí, pero salieron al día siguiente muy temprano. Entonces estaba el encargado de noche. El viejo Smith. Cuando llegué por la mañana, Smith me informó que las habitaciones 11 y 12 habían

quedado libres.

—¿Le dijo algo más el viejo Smith?

—Me habló del accidente en la curva de «La Mujer Perdida». Un hombre se había matado.

Podría ser una casualidad. Pero me he reído siempre de las casualidades. No me gustaban aquellos dos tipos, Douglas Pursall y Ernest Lake.

—Rose, ¿le habló al capitán de esos dos fulanos?

—No, pero es que ni siquiera vinieron por aquí para investigar.

—Claro, fue un accidente.

—¿Supone usted que pudo ser otra cosa?

—No siga pensando en eso, Rose. Podría no convenirle.

—Demonios, ahora se ha parecido a Paul Newman. Lo ha dicho lo mismo que él. Y a mí me entusiasma Paul Newman.

Subí a la habitación, me quité la chaqueta y me lavé la cara y los brazos.

Saqué la botella de whisky de la maleta y bebí un par de tragos al lado de la ventana, mientras miraba la calle.

El capitán Denton salió de la comisaría con un agente.

El capitán señaló hacia el hotel. Y eso quería decir que el gordo sabía que yo me alojaba allí.

El agente también miró hacia el hotel. Tenía el cabello castaño y los pómulos altos.

Hizo un gesto afirmativo y el capitán le dio una palmada en un brazo.

El capitán se separó del agente y se metió en un bar.

El agente montó en una potente moto y se marchó armando un gran ruido.

Estaba cansado. Me tumbé en la cama.

Pasó como media hora. La puerta se abrió. Entraron dos muchachos. Uno llevaba una ganzúa en la mano. No tenían más de veinte años, pero eran fuertes. Llevaban pantalones vaqueros y blusones. Uno era rubio y su blusón rojo. El otro tenía el cabello castaño y su blusón era negro. El segundo, manejaba la ganzúa con la que había abierto la puerta. El otro tenía un brazo de cadena de bicicleta llena de herrumbre.

Me incorporé en la cama.

—Si buscan a una nena, debe estar en otra habitación.

—Estamos buscando a un nene —contestó «Blusón Negro».

Señalé la cadena de bicicleta que llevaba el del blusón rojo.

—¿El chupete para el nene?

—Eso lo acertó.

Eran un par de hijos de perra que se habían llegado allí para deslomarme.

—Este es un pueblo encantador —dije.

—¿Verdad que sí? —me sonrió «Blusón Rojo».

Su compañero, «Blusón Negro», se fue hacia la ventana y la cerró cubriéndola con las persianas.

No querían dar un feo espectáculo a la gente que vivía enfrente. Eran dos tipos finos.

—Listo —dijo «Blusón Negro».

«Blusón Rojo» sacudió la cabeza en sentido afirmativo y saltó sobre mí para golpearme con la cadena. El muy imbécil debió comprender que yo estaría preparado. Salté a un lado y la cadena golpeó contra la cama. Y luego hice el número que ya tenía en mi mente. Salté con la cabeza hacia arriba, embistiendo a «Blusón Rojo» en el estómago.

Voló por el aire soltando un aullido.

«Blusón Negro» echó a correr hacia mí.

—¡Maldito! —dijo.

Pero ya no tenía la ganzúa en la mano. La había sustituido por un cuchillo con una hoja de a palmo. Venía con tanta velocidad que, de atraparme, me habría clavado todo el acero en el cuerpo. Pero salté y dejé pasar la mano armada por mi costado.

Y luego le pegué con el puño cerrado en las narices.

Cayó de rodillas y se puso a chillar. Pero tenía motivos. Sus narices habían estallado en sangre.

«Blusón Rojo» se recuperó del golpe en el estómago y otra vez cogió la cadena de bicicleta para romperme las costillas o el cráneo.

Le solté un puñetazo en la mandíbula cuando todavía tenía el brazo en alto.

No pudo alcanzarme con la cadena y le volví a cazar, ahora en el hígado.

«Blusón Negro», con las narices llenas de sangre, se lanzó sobre mis piernas, pero no llegó a conseguir su objetivo porque le pegué un rodillazo en la boca y le aflojé no menos de tres dientes.

La pelea terminó.

Los dos tipos estaban en el suelo lloriqueando.

Me acerqué a «Blusón Rojo» y le pegué una bofetada que sonó como un disparo. Luego lo atrapé por el cuello.

—¿Quién? —pregunté.

Me escupió en la cara.

Le solté otra bofetada con todas mis fuerzas. Casi perdió el sentido.

—¿Quién os pagó para hacer esto, par de imbéciles?

—Susan Cabot.

—¿Quién es Susan Cabot?

—La dueña de la estación de servicio.

—¿Qué estación de servicio?

—La que está a la salida del pueblo por la carretera que va a Toronto.

—¿Cuánto os dio?

—Diez dólares a cada uno.

—¿Qué motivos tiene?

—No nos explicó nada. Sólo dijo que usted la había insultado.

—No conozco a Susan Cabot.

—Oiga, eso no es cuenta nuestra.

—Claro, a vosotros os pagan para enviar a un tipo al hospital. ¿Qué más da que haya razón o no? ¡Fuera!

Le pegué otra bofetada y lo mandé hacia la puerta.

«Blusón Negro» tenía un pañuelo en las narices para contener la hemorragia. Le pegué una patada en el trasero para que se diese prisa.

—¡Largo de aquí!

Cuando quedé a solas, me lavé otra vez la cara y las manos porque no quería contagiarme de aquellas dos miserias de estercolero.

Bajé la escalera.

Rose me miró con los ojos perplejos.

—Menuda paliza les pegó.

No hice ningún comentario y me dirigí hacia la puerta.

—Señor Connors, tiene que perdonarme. Me amenazaron. No pude contenerlos.

—No se preocupe, Rose.

Viajé en el coche hasta la estación de servicio.

Un tipo junto a un poste de gasolina se estaba limpiando las sucias uñas con un palillo.

—¿Dónde está Susan? —le pregunté.

Me señaló la oficina.

Abrí la puerta sin llamar. Dentro había una joven rubia, risueña, hermosa y atractiva. Podría tener veintitrés o veinticuatro años. Se cubría con shorts y una blusita. Era una monería.

Me miró sonriente y preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

—En mucho.

—Usted me dirá.

—¿Por qué me mandó a ese par de idiotas para que me moliesen?

Borró la sonrisa de los labios.

—No le comprendo.

—Me comprende bien, Susan Cabot. Usted pagó diez dólares a cada uno de los blusones para que me pegasen una paliza. Pero yo fui quien les molí a ellos. Y ahora, repetiré mi pregunta: ¿Por qué ordenó que me golpeasen?

—Señor, como se llame...

—Sabe perfectamente cómo me llamo. Alex Connors.

—No lo he sabido hasta ahora, y no tengo nada que ver con los blusones.

Podría estar diciendo la verdad o podía estar mintiendo. Yo no lo sabía. Y para saberlo, tendría que atrapar otra vez a los dos tipos y zurrarles hasta sacarles si Susan Cabot había sido realmente la persona que los puso en marcha.

—¿Señora o señorita?

—No soy casada.

—Tiene usted un bonito negocio.

—Lo compré hace tres años.

—¿Le gusta el negocio del automóvil?

—Sí.

—¿Entiende de automóviles?

—Debo entender algo para llevar esta clase de negocios.

Miré por la ventana. A la derecha había un taller mecánico y vi a dos fulanos junto a un coche que tenía las tripas fuera.

—¿Resulta fácil preparar un accidente, señorita Cabot?

—¿A qué se dedica, señor Connors?

—Soy investigador privado. Y ahora investigo un accidente de automóvil. El de James Ferguson.

—¿Supone que aquí preparamos ese accidente?

—Podría responderle si supiese que Ferguson se detuvo aquí.

—En primer lugar, no conocía a Ferguson. Supe de su accidente porque vivo en Hot Spring y el accidente fue comentado. Esa curva es muy peligrosa.

—Por favor, no me diga que ha habido muchos accidentes en esa curva. Lo he oído demasiadas veces.

—Entonces, lárguese y déjeme en paz.

—La voy a dejar en paz, señorita Cabot. Pero si me ha engañado, le voy a retorcer el pescuezo.

—¿Cómo ha dicho?

—El pescuezo, señorita Cabot. Eso que tiene usted entre la cabeza y el pecho. Se lo haré un tirabuzón si los blusones fueron pagados por usted y, cuando se lo esté retorciendo, le haré escupir la canción que quiero escuchar.

—¡Es usted un bruto!

—Debo serlo con ciertas personas.

—¡Yo no soy una de ellas!

—Espero que no.

Salí de allí.

El tipo que estaba en el poste de gasolina continuaba limpiándose las uñas con el palillo.

CAPÍTULO VIII

YO había vuelto a mi habitación del hotel. Tuve cuidado al abrir la puerta. Podían estar esperándome.

Pero «Blusón Rojo» y «Blusón Negro» se habían ido. Me habían dejado un recuerdo. Las manchas de sangre en la pared y en el piso.

Le pegué un buen tiento a la botella de whisky y encendí un cigarrillo.

Algo tenía que pasar. No sabía qué cosa. Pero mi instinto nunca me engaña.

Me había metido en el avispero. Había anunciado mi llegada a bombo y platillo. Sólo me había faltado un detalle. Llevarme como secretaria a Raquel Welch en shorts sobre cuya tela apareciese mi nombre, Alex Connors, investigador privado. ¿O le parece, hermano, que mi nombre debería estar en la parte del busto? Todavía habría sobrado tela.

No tenía nada que hacer hasta que apareciesen los buitres. Sí, vendrían más buitres. No se conformarían con aquellos dos sietemesinos, «Blusón Rojo» y «Blusón Negro». Les había demostrado que eran poca cosa.

No tenía nada que hacer, excepto esperar, y decidí hablar con Patty Wellman. La chica debía estar preguntándose por mi paradero.

—Hola, Patty —dije cuando oí su voz.

—¡Alex! ¿Dónde estás? ¡He llamado media docena de veces al hotel de Chicago!

—Decidí que Hot Spring es el lugar donde se ventiló todo.

—¿Sabes algo de mi padre?

—No.

—Ferguson murió en Hot Spring, pero, ¿no crees que eso fue casual?

—No, Patty, he hablado con muchas personas aquí y ya intentaron sacarme de la ciudad. En una camilla.

—Alex, ¿qué te pasó?

—Nada de momento.

—¿Estás en peligro?

—Patty, tengo una profesión en la que siempre se corre peligro. La acepté porque me gusta.

Vi que se movía el tirador de la puerta.

—Patty, tengo visita.

—¿Quién?

—Todavía no lo sé. Cuelgo. Te llamaré más tarde.

—Ten cuidado, Alex.

Todo eso lo había dicho en voz baja para no asustar a Patty, pero ahora dije en voz alta:

—Sí, querida, aquí hace un tiempo maravilloso.

No colgué la horquilla para que no se oyese el timbrazo. Dejé el receptor sobre la mesilla de noche y me deslicé hacia la pared.

La puerta se había abierto y entró mi visitante.

Yo tenía la pistola en la mano. Mi «Luger» sobaquera.

El hombre que estaba de espaldas era el capitán Denton.

Se volvió y, al verme con la pistola en alto, dijo:

—Cuidado, hijo. Mi cabeza no es demasiado dura. Ya lo probé en la Segunda Guerra Mundial. Me atizaron junto a la oreja. Menos mal que me dio de refilón.

Bajé la mano armada.

—¿Por qué no llamó, jefe? Ha faltado poco para que lo hiriese.

—Soy el jefe de la policía local, y se supone que puedo sorprender a los forasteros que causan daños físicos en mis ciudadanos.

—¿Ya se enteró de eso?

—Uno de mis agentes vio que Rock Kenton y Dennis Farrell estaban un poco estropeados.

—¿Se refiere a un tipo con un blusón rojo y a otro con un blusón negro?

—Sí.

—Esos chicos deberían saber dónde se meten. ¿No le parece, jefe?

El capitán Rex Denton dio un suspiro y se dirigió hacia la ventana. Miró a la calle.

Yo me acerqué a la mesilla de noche y dejé el receptor en la horquilla. Me reuní con el capitán.

—¿Contando los arbolitos de la acera por si le robaron alguno?

Se volvió y me contestó con el ceño fruncido:

—Su sentido del humor me sigue pareciendo muy malo, Connors.

—¿Sólo vino a decirme eso?

—No me gusta repetirme.

—Adelante, jefe. Ábrame su pecho.

—Voy a ser sincero con usted.

—Eso me gusta —le sonreí—. Y le prometo que su confesión quedará entre usted y yo. No informaré a los periodistas.

—Connors, ni en un millón de años probaría usted que fuese un asesinato.

Estaba muy serio, pero sus ojillos eran como diablos. Estaban llenos de luz, de esa luz del infierno que yo conocía porque lo había visto en otros ojos. Pero a la mayoría de esos tipos les rompí la nariz. Ya se lo he dicho, hermano. Rompo narices a domicilio, en los clubs nocturnos o en los muelles. Pero romper la nariz a un capitán de policía no es nada fácil. A menos que se tenga muchas agallas y uno acepte las consecuencias.

—Fue un asesinato, jefe. Mataron a Ferguson.

Volvió a mirar a la calle.

—Mire esas aceras. Son mis ciudadanos, los que me votaron. Ahí va la señora Holley, una buena ama de casa. Me regala una tarta de crema y chocolate por mi cumpleaños. Y allí está el señor Burton. Tiene una fábrica de clavos. Un gran hombre. Ganó una Medalla del Congreso por su valor en Corea. Atacó a una posición enemiga y se cargó a los doce soldados que la defendían. Y tenía un brazo convertido en un pingajo. Le había explotado un obús.

—¿Quién es la viejecita que va con el bastón?

—La señora Meredith... No tiene familia. Recoge gatos y perros.

—¿Cuántos tiene?

—Muchos gatos y muchos perros. Por docenas. Con su pensión no tiene bastante para alimentarlos, y visita a las personas con más fortuna de la ciudad para pedirles donativos.

—¿Perros y gatos juntos? Eso es un mérito.

—No puede aceptarlos a todos porque algunos gatos y perros le salen peleones.

—¿Y qué hace con los malos?

—Los sacrifica. Pero no vaya a creer que lo hace ella misma. Se los da a Sammy Blake. Es un retrasado mental.

Allí estábamos el capitán Denton y yo hablando de perros y gatos, de la señora Meredith que cuidaba de ellos, de los buenos, y de Sammy Blake que sacrificaba a los malos.

—Todo esto que me cuenta es muy bucólico, jefe. Sólo le faltó traer la merienda.

Clavó otra vez sus ojos en los míos.

—Lo que quería meterle en la cabeza es que Hot Spring es un pueblo normal, con ciudadanos como los puede haber en otra parte. No nos dedicamos a cometer crímenes. Tenemos una estadística muy baja en cuanto a la delincuencia juvenil.

—Así que «Blusón Rojo» y «Blusón Negro» son sólo dos bromistas. Cuando llega un forastero, y a ellos no les gusta, se dejan caer por su habitación para hacerle tragar una cadena de bicicleta.

—¿Por qué no olvida ya eso?

—No puedo.

—¿Por qué no olvida lo de Ferguson?

—No puedo.

Quedó un rato en suspenso. Luego se dirigió hacia la puerta. Estaba cansado.

Probablemente ya no volvería a jugar al golf en lo que restaba de día.

Sacó del bolsillo la llave falsa maestra con la que había abierto y la sopesó mientras decía:

—No tiene nada que hacer aquí, Connors.

—Quizá sí.

—Supe que vendría... Lo supe desde que se hizo pasar por ese periodista.

—¿De qué me habla, jefe?

—No se crea demasiado listo, Connors. O no piense que los demás somos tontos. Alguien llamó desde Los Ángeles haciéndose pasar por Lee Miller, un redactor del Star. Fue usted. No hace falta que lo admita. Está claro para mí. Podría quedarse aquí a vivir permanentemente en este hotel, y seguiría sabiendo lo mismo respecto a Ferguson. Que murió en un accidente. Que su coche tomó a demasiada velocidad la curva de «La Mujer Perdida». Que su auto se precipitó en el barranco. Que Ferguson se hizo pedazos... En resumen, Connors, está perdiendo su tiempo.

Guardó la llave en el bolsillo, abrió la puerta y salió.

No, no era lo que había estado esperando. El jefe de la policía de Hot Spring había dicho mucho, o puede que hubiese dicho demasiado poco. A los policías de los pueblos pequeños no les gustan los periodistas ni los investigadores privados de las grandes ciudades. Los pueblos pequeños tienen su propio basurero público. Los Ayuntamientos cometen atropellos y algunas autoridades roban a los contribuyentes. Pero yo no había ido allí para sanear Hot Spring, desde un punto de vista administrativo. Si el gordo era un mal jefe de policía, el que lo sustituyese no iba a ser mejor. Son males que hay que aceptar.

Sonó el timbre del teléfono.

—Alex Connors —dije.

—Señor Connors, soy Susan Cabot.

Bien. Aquí tenía la primera y única sorpresa.

—¿Qué quiere, señorita Cabot?

—Hablar con usted.

—¿Sobre quién?

—Sobre Ferguson.

—¿James Ferguson?

—Sí.

—Muy bien. Hable.

—No se lo puedo decir por teléfono.

—Iré a la estación de servicio.

—No, no venga ahora.

—¿Por qué?

—Sería peligroso.

—¿Para quién?

—Para los dos.

—¿Cuándo quiere que vaya?

—Dentro de una hora. Lo estaré esperando en la parte trasera, en la cocina. Hay una puerta con rejilla metálica. Yo lo veré llegar.

—Iré, Susan.

—Hasta luego —dijo y colgó.

¿Qué sabía Susan Cabot acerca de la muerte de Ferguson?

Tenía que ser algo importante.

CAPÍTULO IX

YA habían pasado los sesenta minutos.

Caminé hacia la parte trasera de la estación de servicio.

Vi la puerta con rejilla metálica y traté de ver a través de ella a Susan, pero no lo conseguí. Me detuve y esperé porque quizá todavía ella no estaba en la cocina.

De pronto oí un quejido y abrí la puerta.

Vi a Susan sentada en el suelo, apoyada la espalda en la pared. La habían golpeado. Tenía un hematoma en el pómulos.

—¡Susan!

La ayudé a levantarse.

—¿Qué pasó, Susan?

—Ellos... me pegaron.

La rodeé por la cintura para que se apoyase en mí y dio un chillido.

Entonces vi que en su espalda había una marca. Cuatro arañazos.

—¿Con qué le hicieron eso, Susan?

—Con un tenedor.

—¿Por qué?

—Uno de mis empleados debió escuchar que yo le llamaba a usted y dio el soplo.

—¿Qué empleado?

—Tengo tres. Cualquiera de ellos. No lo sé.

—¿Y quiénes le pegaron?

—Dos forasteros.

—¿Cómo son?

—Uno tiene una cicatriz en la ceja izquierda.

—Y al otro le falta media oreja.

Me miró asombrada.

—¿Los conoce?

—No, todavía no. Pero alguien me describió a ese par de pollos... El de la cicatriz se llama Douglas Pursall y el otro es Ernest Lake.

—No oí sus nombres.

—¿Cuándo aparecieron aquí?

—Hace una media hora. Yo estaba en la cocina haciendo café. No sé cómo entraron, pero aparecieron por el corredor.

—Para ellos entrar en una casa es muy fácil.

—El de la cicatriz me dijo que yo tenía que estar callada. Que no debía decirle una sola palabra a usted.

—¿Acerca de quién?

—Yo vi cómo le pegaban a James Ferguson.

—Cuénteme eso.

—James Ferguson se detuvo aquí para tomar gasolina. Entró en el bar a beber un trago. Yo le serví el whisky. Entonces esos dos hombres, el de la cicatriz y el que le falta media oreja, entraron en el bar y se pusieron a hablar con Ferguson. Yo estaba un poco alejada y uno de ellos, el de la cicatriz, me dijo que les preparase un filete de ternera. El bar tiene una habitación pequeña donde se hace la comida. De pronto oí unos golpes. Me asomé. El de la cicatriz y el otro estaban golpeando a Ferguson en el estómago y en el hígado. Ferguson estaba a punto de caer sin conocimiento. Yo me asusté. Los dos hombres cogieron a James Ferguson por el brazo y se lo llevaron. Ferguson y el de la cicatriz se fueron en el coche de Ferguson. Detrás iba el hombre que le faltaba media oreja, en un coche negro.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Un par de horas antes de que Ferguson se matase en la curva de «La Mujer Perdida».

—¿El coche negro era un «Cadillac»?

—Sí. Un «Cadillac». Sabe muchas cosas, señor Connors.

—No sabía tanto como usted. Pero mi obligación es unir los

cabos sueltos. ¿Cómo dio conmigo, Susan?

—Imaginé que se hospedaría en el hotel Regina. Es el más honesto de la ciudad.

—Acertó. Estaba esperando que alguien me llamase pero, sinceramente, no esperaba que fuese usted. Dígame, Susan, ¿por qué los muchachos del blusón, Rock Kenton y Dennis Farrell, me dieron su nombre cuando les zumbé?

—Son un par de canallas. Me sorprendieron una vez. Quisieron meterme a la fuerza en su coche... Ya se puede imaginar para qué. Luché con ellos y logré huir...

—Entiendo. Ese par de granujas tenían que soltar un nombre para que dejase de pegarles, y dijeron el suyo porque no perdían nada —le sonreí—. Pero valió la pena que me encaminasen hacia usted.

Nos miramos a los ojos.

Los suyos eran azules. De un azul profundo.

Y sus labios tenían el color de las fresas del valle de San Fernando.

Los besé.

Rectifico, hermano. Sus labios tenían mejor sabor que las fresas del valle de San Fernando.

—Susan, has sido muy valiente. Pero esto tiene que quedar entre tú y yo, de momento. Podrías poner en peligro tu vida. Esos hombres te dieron el primer aviso. ¿Dónde podría encontrarlos?

—No lo sé.

—Hay una persona que lo sabe. Ese empleado que te traicionó. ¿Quién es el fulano que está en el poste de servicio?

—Se llama Ray Holmes. Su mujer se separó de él hace un par de años porque se emborrachaba. Vino a pedirme trabajo porque quería regenerarse. Me dio lástima y le di el empleo.

—¿Se ha regenerado?

—No bebe durante el trabajo.

—¿Qué hay de los otros empleados?

—Son mecánicos y no tengo ninguna queja. Uno de ellos está casado y tiene dos hijos. El otro se casará pronto.

—Creo que nuestro hombre es Ray Holmes. Y apostaría a que no ha hecho nada por regenerarse. ¿Está ahora en el poste?

—Sí.

—Iré a hacerle una visita.

La besé otra vez en la boca.

—Prepárame una taza de café para cuando vuelva.

Salí de la cocina y di la vuelta al edificio.

Ray Holmes estaba abasteciendo el tanque del depósito de combustible de un coche.

El cliente pagó y se fue.

Ray Holmes todavía no me había visto. Sacó un billete de a dólar de la cartera que le colgaba del pecho y lo metió en el bolsillo.

—¿Robando a tu patrona, Ray?

Se volvió como si hubiera oído a su espalda una serpiente de cascabel.

Tenía facciones alargadas, caballunas.

—Este dólar me lo dieron de propina —dijo.

—Vamos al bar. Te invito a un trago.

—No bebo.

—¿Y qué es eso que asoma del cubo que hay en el suelo, junto al poste?

Me refería a un cubo donde había un par de cepillos limpiaparabrisas.

Me agaché y saqué la botella de whisky.

—Alguien la debió dejar ahí —dijo Ray Holmes.

—Además de tonto eres un canalla, Ray.

—Eh, no le consiento que me diga eso.

Lo agarré por una oreja.

—Tú me vas a consentir muchas cosas.

—¡Suélteme!

Le pegué con la izquierda en el estómago y cayó de rodillas. No hay que andarse con rodeos cuando uno se tropieza con un tipo capaz de vender a su madre por un trago de whisky. Y Ray Holmes era de esos.

—Tú llamaste a Ernest Lake y a Douglas Pursall, Ray.

—No sé quiénes son.

—Te daré un par de detalles. Uno de ellos tiene una cicatriz

sobre la ceja izquierda. Y al otro le falta media oreja.

—No los he visto en mi vida.

Le pegué, pero ahora lo hice en el hígado. Lo tenía muy hinchado por efecto del alcohol.

—¡No! ¡Ahí no!

—Dime, Ray, ¿recuerdas ya a los dos fulanos?

—Sí.

—¿Recuerdas también que los llamaste?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me dijeron que debía espiar a Susan. No podía hablar con usted... Me dijeron su nombre y me dieron su descripción y, cuando lo vi llegar, pensé que podía ganar un dinero extra para mi mujer que está paralítica.

Le solté una bofetada porque aquella mentira era la más sucia de todas las que podía soltar.

—Con que tu mujer paralítica, ¿eh? A ti te voy a dejar yo paralítico. Tu mujer se separó de ti porque eres un maldito borracho. Te presentaste aquí llorando y ablandaste el corazón de Susan Cabot, y ahora te has comportado con ella como un cerdo...

—No lo volveré a hacer.

—No me basta con tus buenos deseos. Marcaste un número para avisar a esa gentuza.

Me miró con aire de bobalicón, sin responder.

—¡Marcaste un número para poner en marcha a esos dos verdugos!

Lloriqueó.

—No sé nada.

—¿A qué número llamaste? ¿Dónde están esos dos hombres?
¡Contesta!

Estaba muerto de miedo.

—En la casa de la señora Meredith.

—¿La señora Meredith? ¿La que cuida perros y gatos?

—Sí.

—Allí sólo hay animaluchos. Perros y gatos.

—También están ellos.

CAPÍTULO X

OPRIMÍ el timbre de la puerta.

Al cabo de un minuto, apareció la señora Meredith con un gato entre los brazos. Era un hermoso ejemplar siamés, pero yo no debí agradarle porque hizo una mueca y me miró como si dijese: «No me gustan los sabuesos y tú eres uno de ellos».

—¿Viene a darme un donativo? —dijo la señora Meredith.

—Desde luego.

—Oh, qué amable es usted. ¿Cuánto va a dar?

—Diez dólares.

Tenía unos setenta años y era gordita y llevaba un vestido de flores.

—Pase, señor...

—Connors, Alex Connors, señora Meredith.

Me hizo entrar en un living que olía a rancio. Allí se habían reunido como veinte gatos y unos diez perros. Casi todos estaban recostados en almohadones o en el suelo.

Un gatito de color negro con manchas blancas jugueteaba con otro más grandote. Y éste, de cuando en cuando, se enfadaba y le pegaba un zarpazo. Pero al pequeño eso le resultaba divertido y volvía a las andadas.

—¿Quién le habló de mí, señor Connors?

—El capitán Denton. Me explicó la labor que usted realiza en favor de los gatos y los perros y me conmovió.

Al fondo había una escalera que llegaba al piso alto. La casa era antigua. Tendría casi un siglo como lo pregonaba el papel pintado,

el color de las maderas, el estilo de la chimenea.

—¿Vive sola, señora Meredith?

—Sí.

—Sin embargo, la casa es muy grande. Ha podido alquilar las habitaciones.

—Oh, no, señor Connors. Desde que enviudé no ha entrado en mi casa un hombre. Quiero decir un hombre para dormir en ella. Sus diez dólares serán bien recibidos. «Dicky» se encargará de darle las gracias.

Hizo una señal a un perrito pekinés, el cual dio tres ladridos.

La señora Meredith sonrió.

—¿Lo ve, señor Connors? «Dicky» ya le ha dado las gracias.

Pensé en que Ray Holmes me hubiese engañado. «Blusón Rojo» y «Blusón Negro» dijeron que Susan Cabot era la mujer que les había pagado para pegarme la paliza. Y no fue verdad. También eso podía resultar un engaño.

Me empecé a llenar de furia y, cuando eso ocurre, sólo me calmo si rompo narices. No, no podía romper las de la señora Meredith. Tendría que buscarme un cliente. Por ejemplo, al gordo policía de Hot Spring.

Saqué un billete de a veinticinco dólares.

—¿Me quiere devolver quince, señora Meredith?

—Oh, sí, desde luego. Pero espere un poco.

—No tengo nada que hacer.

Me quitó el billete de a veinticinco dólares.

Yo tenía billetes de a cinco dólares, pero le di el de veinticinco por si tenía suerte y me dejaba a solas.

Acerté porque salió del living.

Entonces subí rápidamente la escalera procurando no hacer ruido. Los peldaños estaban cubiertos por una gruesa y gastada alfombra que amortiguó mis pasos.

Llegué arriba y presté atención.

Sólo oí un maullido.

En el corredor vi dos puertas a la derecha y otras dos a la izquierda.

Oí otra vez aquel maullido. Pero ya no me lo pareció tanto. Era como si alguien estuviese gimiendo. No un perro. Tampoco un

gato. Un ser humano.

Pegué la oreja a la primera puerta, la de la derecha. Nada. Pasé a la siguiente. De allí venían los gemidos.

Traté de abrir, pero estaba echada la llave.

Sonreí recordando la ganzúa que habían usado los blusones y la llave maestra del capitán Denton. Yo también llevaba conmigo una llave como la del capitán, que servía para abrir las puertas.

Tendido en una cama había un hombre que yo conocía. Era Robert Wellman.

Cerré y me acerqué al padre de Patty. Estaba a torso desnudo y en el cuerpo tenía huellas de golpes. Sus narices estaban hinchadas, un ojo negro.

—Wellman.

Le tomé el pulso. Lo tenía muy débil.

Abrió los ojos.

—Patty... —murmuró.

—Señor Wellman, soy Alex Connors.

—Alex Connors —repitió.

—Sí, señor Wellman, Alex Connors. El investigador privado a quien usted salvó la vida.

—Me está engañando.

—No le estoy engañando, señor Wellman. He venido en su busca.

—Le harán daño a Patty. Por favor, no hagan eso. Ella es una buena chica. No merece que la maltraten. Pueden pegarme a mí.

—Nadie le va a pegar más, Wellman. Soy Alex Connors y le voy a sacar de aquí.

Una voz dijo por detrás de mí:

—¿Cómo lo va a sacar, Connors?

Me volví. Allí estaba uno de los tipos, el que tenía una oreja y media, Ernest Lake.

Era tal como había supuesto, fornido, con un traje a rayas, que parecía recién comprado.

—Hola, chico, ¿cómo te va? —le saludé con alegría.

—Muy bien. ¿Y a ti, polizonte?

—No me puedo quejar.

No nos habíamos visto nunca, pero él sabía de mí, y yo sabía de él lo suficiente para que ya fuésemos viejos amigos.

No mostraba el arma en la mano, pero le abultaba mucho el bolsillo derecho. Y allí podía guardar hasta un cañón.

Yo también tenía mi pistola bajo la axila y aposté diez contra uno a que lo decapitaría con un pildorazo de mi «Luger» antes de que él pudiese tocar su arma.

Señalé a Wellman.

—¿Crees que esto está bien, «Media Oreja»?

—Se puso pesado. Palabra que se puso pesado. Le hacíamos preguntas y no daba respuestas.

—¿Por qué habrá gente tan obstinada?

—Es lo que yo digo.

—¿Qué le preguntabas, Lake?

—Por una fórmula. Simplemente eso. Por una fórmula. Palabra que no era más que eso.

—¿Una nueva fórmula para el embellecimiento de los cerdos como tú?

Se echó a reír. El apreciaba mi sentido del humor. No era como el capitán Denton.

—Connors, he conocido a otros investigadores privados. Los he tenido en mis manos a puñados. A algunos les apreté el cuello hasta sacarles un palmo de lengua. A otros les arañé la barriga con un tenedor. ¿Sabes cómo queda una persona después de ser arañada en la barriga con un tenedor?

A Susan le habían arañado con un tenedor, aunque no había sido en el estómago, sino en la espalda.

Allí tenía a su verdugo. La sangre me empezó a hervir.

—Lake, eres un hijo de perra.

—Me lo han dicho algunos.

—¿Quién está detrás de vosotros?

—No oigo bien de este oído —se señaló su media oreja.

—¿Y del otro?

—Algo sordillo también.

—Tú y Douglas Pursall matasteis a golpes a James Ferguson.

—Habladurías.

—Pero no sacasteis nada en claro con respecto a Ferguson. Debisteis recibir una buena reprimenda de vuestro jefe. Os ordenó secuestrar a Wellman. Pero él lleva aquí muchos días y tampoco habéis conseguido nada. Vuestro jefe tiene un defecto. Que no sabe elegir a sus empleados. Tú y Douglas sois un par de matones del tres al cuarto.

Apareció su compañero, el de la cicatriz.

—¿Estaba hablando de mí, Ernest?

—Sí, Douglas.

Me maldije por no haber aprovechado mi oportunidad. Sí, yo podía haber decapitado a «Media Oreja» con mi «Luger» y ahora tenía allí a los dos y, aunque Douglas tampoco tenía la pistola en la mano, también le abultaba mucho el bolsillo.

Matar a un profesional del gatillo puede resultar fácil a un tipo como yo, que también gatillea mucho, pero enfrentarse con dos de la misma calaña era demasiado, excepto para Paul Newman. Y Frank Sinatra se los cepillaría de tres en tres. Pero yo no soy Paul Newman ni Frank Sinatra.

Lake hizo un gesto de lástima.

—Douglas, el sabueso se ha molestado porque le pegamos a Wellman.

—¿Ah, sí?

—Dijo que eso estaba feo.

—¿Ah, sí?

—Está enterado de lo de Ferguson.

—Habló la niña bonita.

—Te dije que hablaría.

—Yo pensé que la habríamos metido el miedo en el cuerpo después que le hiciste la pasada con el tenedor.

—Se lo debí hacer en la barriguita como a todos. Pero tú dijiste que su barriguita era muy mona y se lo hice en el costado.

—No me volveré a meter en tus asuntos.

Estaban sosteniendo un magnífico diálogo. Como para grabarlo en una cinta y mandarlo a los guionistas del cine. Ellos no tienen ni idea de cómo hablan realmente los tipos como «Media Oreja» o como «Cicatrices».

—¿Qué hacemos con Connors? —preguntó Lake.

—A la fosa con él —contestó su compañero Douglas.

CAPÍTULO XI

ESO había dicho aquel hijo de perra. Que me iba a mandar a la fosa. Y a mí no me gusta el cementerio, hermano. Tengo por costumbre no asistir a los entierros. Me han invitado a unos cuantos, pero siempre he rechazado la invitación. Prefiero pasar ese rato con una morenucha o con una rubia platino, o con una pelirroja, según se me dé la temporada.

Eso me hizo recordar que todavía no me había decidido por ninguna de ellas.

¡Demonios! ¿En qué temporada estaba yo?

«¿Por qué lo preguntas, Alex Connors? Estás en la temporada de los muertos y tú vas a ser el fiambre. Sí, muchacho, por una vez vas a estar presente en un entierro. En el tuyo.»

Me carcajeé.

Pero ellos no se dieron cuenta de que me reía de mí mismo, de mis pensamientos.

—¿Qué es lo divertido? —preguntó Douglas.

Lake le contestó:

—Está chiflado. Por eso vino aquí. Porque está chiflado.

—Va a dejar de estar chiflado enseguida.

Eso quería decir que iban a sacar la artillería.

Yo también estaba dispuesto a sacarla.

En aquel momento entró la señora Meredith.

—¿Qué pasa aquí? Oh, señor Connors. Le estuve buscando para devolverle los quince dólares.

—Quédeselos, señora Meredith.

—¿Para mis perros y mis gatos?

—No. Para mi corona.

Lake se echó a reír.

—Esa fue una buena ocurrencia.

La señora Meredith sonrió.

—Señor Connors, le agradezco mucho su donativo.

—No tiene por qué agradecerlo. Me gustan las viejecitas que se interesan por los gatos y los perros extraviados.

Comprendí lo que le pasaba a la señora Meredith. Su mente no era normal. No, no le funcionaba su cerebro y aquellos bastardos se habían aprovechado de ella.

La señora Meredith salió dando saltitos.

—Mis perritos y mis gatitos se pondrán muy contentos. «Dicky» le dará las gracias desde abajo, señor Connors.

—Que ladre cuando me reúna con usted.

—Como usted quiera, señor Connors. Lo esperamos.

—En seguida estoy con usted, señora Meredith.

Lake me señaló con el dedo.

—Tienes clase, sabueso.

—Gracias. ¿Qué os parece ahora si organizamos una partida de póquer entre los tres? Si yo gano, me llevo a Wellman.

Lake rompió a reír.

—Eres un tipo muy gracioso, la mar de gracioso. Palabra que lo eres.

Pero Douglas no reía.

—Lake, estamos perdiendo demasiado tiempo. Vinimos aquí para sacarle a Wellman lo que lleva dentro y nos encontramos a este tipo. Vamos a acabar con él y a continuar nuestro trabajo. El jefe sólo nos dio de plazo hasta la media noche. Si Wellman no ha cantado para entonces, lo vamos a pasar mal.

Fue bueno que dijese eso. Ahora ya estaba seguro de que el padre de Patty no había soltado su secreto.

Moví la mano hacia la axila con toda la prisa del mundo. Lo tenía que hacer más rápido que en cualquier otro momento de mi vida.

Ellos también movieron la mano.

En unos segundos, tres hombres, dos asesinos profesionales y un investigador privado llamado Alex Connors, empuñaban un arma listos para interpretar una partitura de muerte.

«Música, maestro, por favor.»

«La "Luger" debe iniciar la rapsodia. Los demás instrumentos, guardarán silencio, hasta que la "Luger" haya terminado su parte.»

Pero aquellos hijos de perra, no me habían elegido como director de orquesta. Ellos querían hacer su interpretación.

Disparé contra Lake y salté.

Douglas Pursall logró poner en marcha su bala y mi cabeza se habría puesto como la de Emes Lake, si me hubiese quedado en el mismo sitio, pero ya no estaba allí para recibir el obús, y éste mordió la pared haciendo un desconchado. Pobre señora Meredith. Su casa se le iba a venir abajo.

«Que siga la rapsodia, maestro.»

Disparé con alegría y con ritmo.

El obús alcanzó a Douglas en el hombro y lo hizo girar mientras soltaba un aullido de dolor.

Cayó de rodillas y levantó su pesada arma para cañonearme. Pero yo le pegué un patadón en el vientre.

Se desplomó chillando como un ratón atrapado por el cepo.

Le pisé la mano y solté el arma.

Tenía un boquete en el hombro. Se asustó de veras.

—¡Me desangro! ¡Connors...! ¡Tápeme! ¡Cúbrame la herida!

Le puse una mano en la cara y lo tiré hacia atrás.

Miré a su compañero. No tenía los ojos en donde los debía tener. Como cosa curiosa, conservaba su media oreja, pero la entera ya la había perdido. Y para siempre.

Pegué puntapiés a las armas enviándolas debajo de la cama donde estaba el padre de Patty.

—¡Connors! —gritó otra vez Douglas—. ¡Tiene que ayudarme! ¡Moriré desangrado! ¡Ayúdeme!

—Tengo otro paciente más importante que tú.

Me acerqué a la cama de Wellman.

Abrió los ojos.

Era natural que lo hiciese después de aquel cañoneo que se había producido en la habitación.

—Wellman —dije.

—¿Quién es?

—Connors.

—Miente. Es uno de ellos.

—No, Wellman.

—Le han pagado. Eso es. Le han pagado para que se haga pasar por Connors.

—¿Puede ver, señor Wellman?

—Muy poco.

Le pasé la mano por debajo de la cabeza y se la alcé.

—¿Me ve ahora?

Parpadeó mientras trataba de fijarse en mi imagen.

—¿Quién es usted?

—Soy Connors. Alex Connors.

—No es posible.

—Sí, Wellman. Soy yo. He venido para salvarle.

—No puede.

—Ya está libre.

—Huya, Connors. Esos dos verdugos no le dejarán salir vivo.

—Uno de los verdugos está muerto. Y el otro morirá dentro de muy poco.

Douglas oyó aquello y se puso a chillar:

—¡No quiero morir! ¡No quiero morir! ¡Por favor, Connors! ¡No deje que me desangre!

Trataba de cubrirse el boquete con la mano, pero eso le producía un gran dolor porque rozaba los trozos de tejido, la carne sanguinolenta.

—Señor Wellman, vamos a salir de aquí.

—Sí, Connors.

—¿Puede andar?

—Lo intentaré.

Wellman puso los pies en el suelo. Estaba muy débil. No creí que pudiese salir de la casa por sus propios medios. Tendría que cargármelo al hombro. Y yo no sabía lo que me iba a encontrar cuando abandonase la casa de los perros y los gatos de la señora Meredith.

—Wellman —dije—, quiero hacerle una pregunta antes de salir.
¿Quién mató a Ferguson? ¿Quién lo secuestró a usted?

—Todavía no lo sé.

—¿No vio al jefe de esa gentuza?

—No.

—Está bien. Ya lo conseguiré por otros medios.

Me refería a Douglas Pursall. Seguía gritando:

—¡Connors, ayúdeme! ¡No me puedo levantar! ¡He perdido mucha sangre!

—Lo siento, compañero. Unos días se gana y otros se pierde. Y hoy te tocó perder a ti.

Pasé el brazo de Wellman por mis hombros.

—¿Listo, señor Wellman?

—Sí.

Lo levanté y echamos a andar.

Al ver que íbamos a abandonar la habitación, Douglas lloriqueó.

—¡No...! ¡No me deje, Connors...! ¡Me moriré!

—Le diré a la señora Meredith que suba.

—Esa vieja está loca. No puede hacer nada por mí. Sólo se preocupa de sus malditos perros y gatos.

—Se ocupará de ti. Después de todo, eres el mayor hijo de perra.

Wellman y yo estábamos llegando a la puerta.

Douglas Pursall dijo lo que yo esperaba oír:

—Connors, yo le diré el nombre del jefe. Se lo diré si me ayuda.

Me detuve con Wellman y miré a Douglas.

—Trato hecho. Te ayudaré. Pero tendrás que decir la verdad.
¿Cuál es el nombre? Te advierto que yo sabré si mientes.

Movió la cabeza.

—Le diré la verdad.

—¿Quién es el jefe?

CAPÍTULO XII

—EL capitán Rex Denton —dijo Douglas.

—Mientes, bastardo.

—Le juro que no le miento, Connors. ¿Cómo iba a hacerlo ahora? ¡Me estoy desangrando! El capitán nos trajo de Chicago.

—Oh, sí, el capitán Denton tiene un directorio de asesinos profesionales. Echó mano a él para encargarnos el asunto de Ferguson.

—El capitán ya nos conocía.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos años.

—Antiguos compinches, ¿eh?

—Oiga, estamos perdiendo el tiempo.

—Yo tengo ahora todo el tiempo del mundo, Douglas. ¿Quién mató a Ferguson?

—Nosotros le golpeamos, pero fue el capitán quien lo mató.

—Claro, ahora todo lo hizo el capitán.

—Oiga, Connors, Douglas y yo sabíamos cómo pegar. Quiero decir que no hace falta matar a una persona. Pero el capitán no es como nosotros y se le fue la mano. Fue él quien mató a Ferguson. Entonces nos ordenó que lo arrojásemos con su auto por la curva de «La Mujer Perdida».

—¿Quién descerrajó el maletín?

—El capitán Denton.

—¿Por qué lo hizo?

—Ferguson, supuestamente, llevaba una dosis de la droga del

señor Wellman, pero no la encontramos. El capitán le preguntó a Ferguson por la fórmula. Ferguson le dijo que no lo sabía... El capitán insistió una y otra vez mientras le golpeaba. Quería saber la fórmula de esa nueva droga. Pero Ferguson insistía que lo ignoraba. Eso exasperó al capitán y le pegó un puñetazo en la sien. Ferguson cayó y se pegó en la nuca. Murió en el acto. Así pasaron las cosas.

—¿Quién telefoneó a Wellman haciéndose pasar por Spencer Harvey?

—El capitán.

—Con que todo lo hizo Rex Denton.

—Sí.

—No cuadra. El capitán Denton es un policía. ¿Cómo se enteró de la existencia de la nueva droga? Alguien está con él. Tiene un cómplice.

—No sé nada de eso. Y Ernest Lake tampoco lo sabía.

—Está bien, Douglas. Te mandaré un doctor.

Yo sabía que el doctor no llegaría a tiempo. Los ojos de Douglas habían perdido todo el brillo y su cara parecía hecha con cera.

Su voz también se había ido debilitando.

—Connors...

No pudo suplicar más. Se derrumbó. Quedó boca arriba, los ojos abiertos fijos en el techo. Estaba tan muerto como «Media Oreja».

—¿Preparado, Wellman?

—Sí.

Salimos de la habitación. Nos costó mucho trabajo bajar la escalera.

La señora Meredith estaba repartiendo una fuente de pudding entre sus perros y sus gatos, y éstos armaban una algarabía de mil infiernos. Quizá por eso no había oído el cañoneo de arriba. Y a ello se debía agregar su mente desequilibrada.

—¿Se va ya, señor Connors?

—Sí.

—¿Se lleva también a su amigo?

—Creo que necesita los cuidados de una enfermera.

—Cuanto lo siento. Sólo sé cuidar a mis perros y a mis gatos. «Dicky», dale las gracias al señor Connors.

El perrito pekinés pegó sus tres ladridos.

Era ya de noche.

Tenía mi coche cerca. Metí a Wellman en el asiento trasero y nos fuimos a la estación de servicio.

Susan Cabot nos vio llegar y corrió a nuestro encuentro.

Llevamos a Wellman a un dormitorio y le tendimos en el lecho.

—Susan, ¿conoces un médico de confianza?

—Hay tres en el pueblo. Pero el doctor Clifford es el único en que puedo confiar.

Mientras Susan llamaba al doctor encendí un cigarrillo.

Wellman estaba como dormido. Su esfuerzo al bajar la escalera y para llegar al coche lo habían cansado mucho.

Había llegado el momento de hablar en serio con el capitán Rex Denton.

—Me largo, Susan.

—¿Adónde?

—A la comisaría. Estoy citado con un puerco.

—No saldrás de allí vivo.

—Tampoco iba a salir vivo de la casa de la señora Meredith.

Me fui a la calle Principal. No me di prisa.

Abrí la puerta de la comisaría.

El vago Max continuaba ante la centralilla.

—¿Otra vez por aquí, señor Connors?

—Me olvidé de decirle algo a su jefe.

—Justamente me preguntó por usted.

—¿Cuándo?

—Hace un par de minutos.

—Pues ya me tiene aquí.

Estableció comunicación con el despacho del jefe.

—Alex Connors acaba de llegar, capitán.

—Que pase —oí claramente.

Entré en el despacho de Rex Denton.

Esta vez no lo sorprendí jugando al golf. Estaba sentado en un sillón giratorio, detrás de la mesa. Me miró con las cejas enarcadas.

—Le felicito, Connors.

—¿Por qué me felicita, jefe?

—No me gustan los secuestros. He sido informado de que mi

ciudad fue utilizada para retener a un hombre por la fuerza. A un tal Wellman...

—¿Ha estado ya en la casa de la señora Meredith?

—Sí, y vi a esos canallas. Están bien muertos.

No estaba preparado para eso. Aquel capitán era condenadamente listo. ¿O quizá no se le había ocurrido nada para salvar la situación? Ferguson había sido asesinado por él mismo, según los matones, pero lo disfrazó con un accidente. No, ni siquiera un jefe de policía puede matar a demasiados ciudadanos impunemente. Y ahora yo había levantado la tapa de la orilla. Todavía no se había terminado de cocer el guiso, pero el olor era nauseabundo.

—Le falta saber algo, capitán.

—¿Qué cosa?

—Uno de los matones habló antes de morir.

Me miró con aire preocupado.

—¿Ah, sí? ¿Habló?

—Eso dije, jefe.

Abrió una caja de cigarros y me invitó.

—Sólo fumo cigarrillos —le contesté.

—Yo también fumo cigarrillos, pero alguna vez fumo uno de estos habanos de Fidel Castro.

Lo despuntó con los dientes y escupió el trozo de tabaco.

—¿Qué fue lo que dijo ese bastardo, Connors?

—Douglas Pursall dijo que usted mató a James Ferguson.

Con toda tranquilidad, encendió un fósforo y lo aplicó al otro extremo del cigarro. Dio largas chupadas.

El fósforo casi le quemó los dedos antes de que lo dejase caer en el cenicero.

—Esa gentuza es capaz de todo —declaró—, incluso de acusar al presidente de los Estados Unidos. Nadie se libra en este país de las más feas acusaciones. ¿Por qué? Porque somos una democracia. El sistema tiene sus defectos, indudablemente, pero también posee sus virtudes. Casi todos los cargos públicos son elegidos por sufragio universal. Yo he sido capitán de policía durante quince años. Pregunte a los ciudadanos quién es Rex Denton, y nueve de cada diez le dirán que soy el mejor jefe de policía que ha tenido

Hot Spring. Anacle, vaya diciendo por ahí que un pedazo de carne de presidio me acusó de haber dado muerte a un hombre. Se le reirán a carcajadas. O lo tomarán por loco.

—¿Cuándo espera que derrame las lágrimas?

Le hice gracia por primera vez. Se echó a reír.

—Muchacho, usted es muy decidido. Y obstinado.

—¿Quién es Henry Bennet?

—¿Henry Bennet? Oh, sí. El hombre que vino aquí para hacerse cargo del cadáver de Ferguson. Trabaja con la Harvey Company.

—¿Qué cargo ocupa en la Harvey Company?

—Es uno de los tres vicepresidentes.

—Debió insultarlo a usted mucho por haber matado a Ferguson.

—¿De qué me está hablando?

—Henry Bennet está en combinación con usted. Él le habló de Ferguson.

—Oiga, hijo, no le entiendo una palabra.

—Ferguson tenía que pasar por aquí en viaje de regreso a Chicago. Casualmente, se detuvo en la estación de servicio de Susan Cabot. Y allí fue cazado por Douglas Pursall y Ernest Lake. Pero si Ferguson no se hubiese detenido en la estación, usted lo hubiese cazado un poco más lejos de Hot Spring. Uno de sus agentes trabajaba en el caso, el motorista, Alan Kane. Lo vi hoy cuando salía con usted de la comisaría. Usted le indicó mi hotel. Kane se marchó con la moto en busca de los dos muchachos del blusón. Usted ordenó que me diesen la paliza para que me fuese de la ciudad —hice una pausa—. Pero volvamos a Ferguson. Henry Bennet le dijo a usted que Ferguson tenía la dosis de la droga Wellman. Tenía que apoderarse de la droga y de algo más, de la fórmula. Henry Bennet ignoraba una cosa. Que Ferguson no poseía la fórmula. Maltrataron a Ferguson pensando que él no quería soltar la droga ni la fórmula. Debieron de pegarle una buena paliza entre ustedes tres. Pero estaban malgastando su tiempo. Atormentaban al pobre Ferguson inútilmente porque no les podía decir lo que ustedes pretendían. Muerto Ferguson, Henry Bennet sólo tuvo una salida. El secuestro de Robert Wellman. Usted ya estaba metido hasta el cuello en el asunto. Se había convertido en un asesino. A Henry Bennet le debió resultar muy fácil convencerle

para que Robert Wellman fuese traído a Hot Spring.

Dio una chupada al cigarro y lanzó el humo hacia el techo.

—¿Ya terminó, muchacho?

—Casi.

—¿Qué le falta?

—Haga una confesión, jefe.

Se inclinó sobre la mesa. Su rostro se endureció mucho.

—No puede probar absolutamente nada. Y le voy a decir otra cosa, Connors. Desde este momento, usted es un hombre muerto.

CAPÍTULO XII

ME han amenazado muchas veces con la muerte. Pero nunca me lo había dicho un capitán de policía.

—Denton —dije—, si cree que me voy a estar quieto, se equivoca. Trate de liquidarme y le meto un par de balas en la grasa.

Rompió a reír otra vez.

—¿Cree que yo voy disparando por ahí come un niño juega a policías y ladrones? No, hijo, yo no hago eso.

—Tiene a sus verdugos para matar. Pero se equivocó con James Ferguson. Usted le golpeó y le ocasionó la muerte.

—¿Yo? No sabe lo que dice. Está borracho. James Ferguson, de la Harvey Company, murió en un accidente. Tomó con demasiada velocidad la curva de «La Mujer Perdida» y se fue al barranco.

—¿Y qué me dice de Wellman?

—Yo nunca vi a Wellman.

—Lo preparó bien, jefe. Wellman fue maltratado por Douglas Pursall y Ernest Lake. Ellos operaban por mandato de usted.

—¿Quién se lo ha dicho? ¿Douglas Pursall? Tráigame a Douglas Pursall. Hablaré con él.

Había una sonrisa de triunfo en sus labios. Douglas Pursall estaba muerto y los muertos no pueden hablar.

Yo seguía mudo y él dijo:

—Le repito lo del principio. Le felicito, Connors. Ha impedido que sobre Hot Spring caiga una mancha. Wellman no vive aquí. Y los dos hombres que lo secuestraron tampoco viven aquí. Y

eligieron como escondite la casa de la pobre señora Meredith, que es una loca, aunque su locura sea pacífica... Sume todos esos datos, Connors.

—Ya los sumé.

—¿Y cuál es el resultado?

—No se lo voy a decir ahora.

—Yo lo diré por usted. Soy un honesto capitán de policía en una ciudad de cinco mil habitantes. Me han felicitado siempre por mis actuaciones profesionales. Y seguiré recibiendo felicitaciones durante muchos años. Tiene a Wellman. Lo salvó de manos de esos canallas. Lárguese con él.

No contestó. Se echó en el respaldo del sillón y continuó fumando su cigarro.

—Buena suerte, Connors —se limitó a decir.

Di media vuelta y salí del despacho.

Me deseaba buena suerte. Pero, si no andaba listo, tendría la suerte más negra del mundo.

El vago Max estaba viendo una revista de chicas con poca ropa.

—¿Qué le parece esta pelirroja, señor Connors?

—No es mi temporada de pelirrojas —le contesté, y abandoné la comisaría.

Fui a la estación de servicio.

El doctor Clifford estaba examinando a Wellman.

—Este hombre ha recibido muchos golpes —dijo.

Susan me presentó. Estreché la mano del doctor Clifford, que tendría unos cincuenta años, el cabello completamente blanco.

—Este hombre debe ser hospitalizado, señor Connors. Puede tener algún derrame interno.

—¿Fracturas?

—Creo que tiene un par de costillas fracturadas.

—¿Cuál es el hospital más cercano?

—Hay uno pequeño aquí, en Hot Spring.

—No me interesa el de Hot Spring.

—Hay otro en Lakefield. Está a unos sesenta kilómetros.

—Vale, doctor. ¿Se puede ocupar usted mismo del traslado?

—Desde luego. Pediré que traigan una ambulancia.

Marcó un número y habló. En un par de minutos quedó todo resuelto.

—Traerán la ambulancia enseguida —anunció tras colgar.

Le di las gracias y le pagué sus honorarios. Diez dólares. Había vendado el pecho de Wellman. Susan lo acompañó hasta la puerta.

Fui al lado de Wellman. Tenía los ojos abiertos. Ya había despertado.

—Connors, ¿es usted?

—Sí.

—Salimos de la casa, ¿eh?

—Desde luego.

—¿Cómo está mi hija?

—No se preocupe. Ella está bien. Le voy a ingresar en un hospital.

—¡Oh, no, aquí no!

—Será en Lakefield.

Salí del dormitorio y cerré la puerta.

Me encontré con Susan.

—Voy a llamar a Patty Wellman —dije—. Quiero darle la buena noticia.

Marqué el número de Patty, pero no me contestaron.

—Susan —dije—, tengo hambre.

—Te prepararé lo que quieras.

—Un filete poco hecho.

—¿Te gustan los guisantes?

—Sí.

Mientras ella me preparaba la comida, yo vigilaba por la rejilla de la puerta. La noche era oscura. El capitán había dicho que yo era un hombre muerto. Y luego me había dicho que me llevase a Wellman. ¿Cuál de las dos cosas valía?

Puse la pistola sobre la mesa y despaché el filete con guisantes.

Luego Susan me dio pastel de manzana y bebí dos tazas de café negro.

Me puse otra vez a hacer la guardia.

—¿Quién está en el bar, Susan?

—Tengo un empleado nocturno. Se llama Charles Wyler. Le doy

un tanto por ciento de los ingresos.

—¿Es de confianza?

—Habla muy poco. Está un poco amargado. Tenía mujer y una hija. Se le incendió la casa y ellas murieron... ¿Piensas que el capitán Denton vendrá aquí para recuperar a Wellman?

Se lo había contado todo mientras cenaba.

Fui a su lado y le toqué los brazos desnudos. Estaba fría como el hielo.

—¿Tienes miedo, Susan?

—Mucho.

La besé en los labios y ella me abrazó porque necesitaba mi protección.

La seguí besando durante un rato para inspirarle confianza y hacerle olvidar al capitán Denton.

Oímos una sirena a lo lejos.

Me aparté de Susan y saqué la pistola.

—Es la policía. ¡El capitán Denton!

—No, Susan.

Vi aparecer la ambulancia y Susan dio un suspiro de alivio.

La besé otra vez mientras la ambulancia trazaba un círculo y se acercaba a la casa.

—Susan, no hables con nadie acerca de lo que ha pasado.

Bajaron dos enfermeros y les abrió la puerta.

Uno de los enfermeros se presentó. Se llamaba Richard Lewis.

Sacaron una camilla de la ambulancia y pusieron en ella a Wellman.

—Yo iré con el enfermo —dije.

—No hay inconveniente —me respondió Richard.

Me despedí de Susan con un beso.

—Volveré por aquí, Susan.

—Te espero, Alex.

Me senté junto a Wellman en la parte trasera. Poco después, la ambulancia se ponía en marcha. Wellman se había dormido otra vez.

Llevábamos quince minutos viajando cuando la ambulancia abandonó la carretera principal y se metió por una secundaria.

Me volví hacia la parte del conductor, donde estaban los dos enfermeros. Uno de ellos manejaba el volante, Richard Lewis.

El otro me enseñó el hocico de una pistola.

—No proteste, Connors.

La furia me oprimió en el cerebro.

—¿Quiénes son ustedes, bastardos?

—Dos enfermeros. ¿Es que no ve el uniforme?

—¿Adónde vamos?

—Ya lo sabrá.

Ya tenía la respuesta a mi pregunta. El capitán Denton había dicho que yo era hombre muerto. No, él no podía consentir que me llevase a Wellman.

«¿Qué eres tú, Alex Connors? ¿Un investigador privado? Una porquería. Eso es lo que eres. Hiciste lo más difícil, recuperar a Wellman con vida, probarte a ti mismo que lo de Ferguson fue un asesinato. Retiraste a dos hijos de perra de la circulación. Rompiste la nariz de un blusón y machacaste también al otro. Sí, muchacho, has hecho muchas cosas. Pero sólo ganaste unas cuantas batallas y ahora vas a perder la guerra.»

La ambulancia entró en un hermoso jardín. A la derecha había una piscina que estaba iluminada. La casa estaba al fondo. Una bonita casa. El propietario de todo aquello debía tener mucho dinero.

—Dame tu pistola, Connors —ordenó el tipo del arma.

No me di mucha prisa.

—Dámela o te salto la tapa de los sesos. Y cuidado con sacarla de mala manera.

Saqué la «Luger» como él quería y se la entregué.

—Baja ya.

Salté de la ambulancia. Sentado en un sillón, cerca de la piscina, había un hombre.

—Buenas noches, señor Connors —me saludó.

—Tiene una linda casa, señor Bennet.

Me observó sonriente.

—¿Quién le ha dicho mi nombre?

—Hicimos una suma entre el capitán Denton y yo.

Bebió whisky de un vaso y dijo:

—Usted ha resultado demasiado molesto.

—Puedo decir lo mismo de usted, señor Bennet. Se tomó demasiadas molestias. Un asesinato y un secuestro para apoderarse de una fórmula.

—Valía la pena. Esa droga es uno de los mayores descubrimientos de nuestro tiempo. Y usted ya sabe cómo está nuestro tiempo. Hay demasiado jaleo en el mundo. Una droga que obliga a un hombre a decir la verdad, aunque ofrezca resistencia, se cotizará muy alto.

—¿A quién piensa vender la fórmula, señor Bennet?

—Todavía no lo sé.

—Creo que le entiendo. La va a subastar.

—Una buena idea, ¿eh?

—¿Quiénes serán los postores en esa subasta?

—Gente muy importante. Se lo aseguro, Connors. Gente muy importante.

Frisaba los treinta años y era de cabello rubio, rostro bien parecido, bronceado.

—Usted no es muy listo, Bennet —dije—. Ordenó que capturasen a Ferguson para quitarle la droga. Luego secuestraron a Wellman y los dos matones, Douglas Pursall y Ernest Lake, quisieron hacerle cantar a fuerza de golpes. Sin embargo, podrían haber hecho hablar a Wellman haciéndole tragar su propia droga.

Me sonrió.

Sacudí la cabeza e hice chasquear los dedos.

—Ya sé, Bennet. Perdone que le haya considerado un tonto. Usted nunca tuvo la droga de Ferguson.

—No.

—No estaba en el maletín.

—No estaba.

—Mataron a Ferguson por nada.

—Una equivocación la sufre cualquiera. Pensé que Ferguson conocía la fórmula. Por eso ordené que se la sacasen.

—Una muerte inútil y estúpida, señor Bennet.

—El fin justifica los medios. Y ahora vamos a cerrar el último episodio de la historia. Ya tengo la dosis de la droga que Wellman entregó a Ferguson. La conseguí, señor Connors. Y está aquí en mi

casa. Y como usted dijo, haré tragar a Wellman su propia droga y conoceremos el secreto de su fabricación.

—¿Dónde había depositado Ferguson la droga?

Oí pasos y vi aparecer a la hermosa viuda.

Llevaba sólo un bikini y no era negro sino rojo. En su diestra tenía una pequeña caja de plástico.

—Aquí está la droga, señor Connors. Mi marido la escondió en nuestra casa. En el cuarto de baño. Pero yo no lo supe hasta hoy.

CAPÍTULO XIII

—LA felicito, señora Ferguson —dije.

—Usted supo desde el principio que yo estaba relacionada con el asunto.

—Desde luego.

—Le agradezco su prudencia.

—No tiene que agradecerme nada, señora Ferguson. Yo soy muy discreto con las chicas que han enviudado recientemente. ¿Desde cuándo son amantes?

Bennet vestía atuendo deportivo. Un pantalón azul y un suéter blanco. Estaba muy mono.

—Nos enamoramos —dijo.

—¿Romeo y Julieta?

La señora Ferguson levantó la barbilla.

—No sea ridículo, señor Connors.

Los dos enfermeros habían bajado la camilla en la que estaba Wellman.

—Tráiganlo aquí —ordenó Bennet.

Dejaron la camilla en el césped.

Wellman se movió un poco.

—Nena —dijo Bennet—, dame la droga.

Iban a cometer la canallada ante mis propios ojos.

—No pueden hacer esto, Bennet.

—¿Qué cosa?

—Darle la droga a Wellman. El doctor Clifford dijo que Wellman necesitaba ser internado urgentemente en el hospital.

Padece lesiones internas. Sé lo suficiente de esa droga para saber que la más pequeña dosis lo matará.

Era falso. Yo no sabía nada de eso.

Bennet se echó a reír.

—Señor Connors, estoy en los laboratorios Harvey hace muchos años. Entré allí como técnico. Y he escalado puestos gracias a mi constancia.

—Y a las mujeres —señalé a Stella Ferguson.

—Bueno, Stella hizo algo por mí. Logró que me nombrasen vicepresidente el año pasado. Wellman resistirá los efectos de la droga.

—Supongo que la droga actuará en el cerebro.

—Eso es elemental.

—El cerebro de Wellman ha sido afectado por los golpes.

—No se meta en esto.

Bennet cogió la caja que Stella le alargaba y la abrió. Se la entregó a Richard Lewis.

—Prepárale la dosis en un vaso con cuatro dedos de agua.

Yo necesitaba ganar tiempo.

—Bennet, ¿cómo supieron que el hospital de Lakefield debía mandar una ambulancia?

—Para algo pago al capitán Denton.

—Le paga para que haga muchas cosas.

—El capitán interceptó una llamada. El doctor Clifford no habló con el hospital de Lakefield. Estaba hablando con la comisaría de Hot Spring.

Se me revolvieron las tripas.

En aquel momento llegó un auto. Lo conducía el agente Alan Kane.

El capitán Denton salió del coche y caminó hacia nosotros.

—Buenas noches, señor Bennet.

—Hola, capitán.

Denton me dirigió una mirada.

—No fue muy lejos, ¿eh, Connors?

—Todavía no han ganado.

Bennet rio.

—Hemos pensado en todo. Sí, señor Connors, pensamos hasta en la posibilidad de que usted nos robe a Wellman.

—¿Y qué habrían hecho en ese caso?

—Lo verá usted con sus propios ojos. Stella, querida, ¿quieres enseñarle el naipe?

Stella se dirigió hacia la terraza. Dijo unas palabras que yo no entendí.

Vi aparecer a Patty Wellman. La acompañaba un hombre que la sujetaba por el brazo, un tipo alto, con aspecto de matón, como los dos que yo había liquidado en la casa de la señora Meredith.

La joven me miró asombrada.

—¡Alex!

Descubrió a su padre y echó a correr hacia él. Se arrodilló ante la camilla.

—¿Qué han hecho contigo, padre?

Sus ojos se llenaron de lágrimas y me miró.

—Lo siento, Patty. Logré sacarlo del lugar donde se encontraba, pero luego me comporté como un ingenuo.

Señalé a Bennet.

—De acuerdo, señor vicepresidente. Usted gana.

—Adelante, Richard. Dale la droga.

—No hace falta que haga eso —repuse—. Patty hablará con su padre. Le sacaré la fórmula que ustedes quisieron. Una vez la tengan, nos podremos ir.

—No cuente con ello —dijo Bennet.

—Usted quería la fórmula y la va a tener.

—Pero no quiero competidores. Yo tendría el competidor más peligroso si dejase vivo a Wellman. No, señor Connors. Rechazo su oferta.

—¿Y qué va a hacer? ¿Matará a Wellman?

—Sí.

—¿A su hija?

—Sí.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Está loco? Ya mató a Ferguson.

—No lo maté yo. Fue un accidente.

—¿Y qué vamos a sufrir nosotros? ¿Un triple accidente?

—¿Por qué no?

—¿Otra vez el coche se va a estrellar?

—¿No lee las estadísticas de los accidentes automovilísticos?

Todos los días mueren más de un centenar de personas por culpa del maldito automóvil. Y ustedes tres formarán parte de la estadística de mañana.

—¿Y quién va a preparar el accidente?

—Un especialista.

—¿El capitán Denton?

—Es el mejor policía. ¿No es verdad, jefe?

Era un gran sarcasmo, pero al gordo Denton le gustó que le considerasen el mejor policía.

—No se preocupe, señor Connors. Las cosas se harán bien.

El falso enfermero que me había quitado la pistola estaba a mi izquierda. Mi «Luger» asomaba en su bolsillo. Podía saltar y hasta apoderarme de mi pistola. Pero era muy dudoso que lograra hacer siquiera un disparo. Y con una bala no habría bastante para detener a tanta gente.

Se me ocurrió otra idea.

Richard Lewis ya había preparado la droga en el vaso.

Patty gritó:

—¡No le darán eso a mi padre!

Fue a lanzarse sobre Richard, pero el matón que la había traído la agarró por el brazo.

Era lo que yo necesitaba porque se habían distraído un poco.

Salté en busca de mi pistola.

Logré apoderarme de ella.

—¡Cuidado, Harry! —gritó Bennet.

Pero se lo dijo demasiado tarde cuando yo, después de apoderarme de la «Luger», ya le había pegado un rodillazo en el bajo vientre y estaba poniendo en marcha el siguiente número de mi show.

Atrapé a Stella Ferguson por la cintura y la atraje hacia mí. Dos pistolas, una manejada por el capitán Denton y la otra por el agente Kane, iban a ladrar.

Apoyé el cañón de la «Luger» en la cabeza de Stella.

—¡Si alguien dispara, esta mujer se muere instantáneamente!

—¡Quietos! —dijo la viuda.

Bennet ya no sonreía.

El capitán y Kane siguieron apuntándome con el arma, el dedo en el gatillo.

Bennet estaba pálido.

—Lo siento, Stella —dijo—, pero él tiene que morir.

—¡No! —gritó Stella.

—¡Fuego! —dijo Bennet.

El capitán y Kane se pusieron a disparar.

Yo bajé el arma y apreté el gatillo también.

Stella estaba recibiendo las balas del capitán y de Kane. Yo no hubiese querido eso. Habría llegado a un arreglo. Pero Bennet estaba más interesado en conservar la fórmula que la vida de la mujer que había sido su amante.

Metí una bala en la barriga a Denton, y otra a Alan Kane en el pecho.

Henry Bennet saltó de la silla.

—¡Mátenlo!

Le incrusté un plomo y eso fue muy doloroso para él, porque se puso a pegar chillidos.

El enfermero Richard había sido sorprendido con el vaso de la droga en la mano. Había guardado la pistola y ya no tuvo tiempo para sacarla.

El otro enfermero gemía en la hierba porque no se había repuesto del rodillazo que le propiné.

—Patty —dije—, entra y llama a la policía de Chicago.

* * *

En este momento no sé qué va a ser de la droga de Wellman. Él está considerando la posibilidad de destruirla. Todavía no empezó a usarla y ya ha ocasionado víctimas. Es lo de siempre. La ambición humana limita muchas veces los progresos convirtiéndolos en un azote, en lugar de un bien.

Patty entró en mi oficina.

No, esta vez no llevaba ninguna pistola en la mano. Estaba muy linda. En shorts.

Me echó los brazos al cuello y me besó en la boca.

—Voy a pasar tres días de vacaciones en Miami, Patty.

—Invítame a ir contigo.

—¿Vendrías?

—Ponme a prueba.

Sí, hermano. Nos fuimos a Miami. Para ese entonces, yo ya sabía cuál era mi temporada. La de las rabias como Patty, mi encantadora asesina.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España